

Persecución y modorra

La inquisición en la Nueva España

ÚRSULA CAMBA LUDLOW

T

TURNER NOEMA



Ursula Camba Ludlow

Licenciada en Historia por la Universidad Iberoamericana, y doctora en Historia por El Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Realizó una estancia posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Impartió clases en la Universidad Iberoamericana, el Instituto Cultural Helénico, el Centro de Arte Mexicano y colaboró en la asesoría y corrección de guiones de series históricas para TV. Sus principales áreas de investigación son la historia de las mentalidades, historia cultural, historia de la sexualidad, de la esclavitud y del México virreinal.



Persecución y modorra

*La inquisición
en Nueva España*

ÚRSULA CAMBA LUDLOW

AGRADECIMIENTOS

*H*ace más de 20 años que el tema de la Inquisición novohispana me intriga y me apasiona. Esos viejos papeles llenos de caligrafía negra a veces ininteligible, de anotaciones y manchones carcomidos por la polilla o por algún roedor, que develan historias y detalles curiosos, conmovedores e incluso terribles, si uno tiene la paciencia suficiente para escudriñarlos con detenimiento.

Este libro es producto de aquellas horas a veces largas y tediosas que pasé revisando expedientes los cuales debía tomar con guantes buscando la palabra, la frase, la huella que me revelara una intención, una voluntad, un sentimiento de los involucrados. Algo que los devolviera a su dimensión humana, fuera de ese papel viejo que paradójicamente los había mantenido de cierta forma, vivos. Espero haber logrado captar algún eco de aquellos tiempos, inteligible para el lector. Es así que tengo una deuda grande con quienes han hecho posible que este libro vea la luz, lo cual en absoluto me exime de la responsabilidad ni de las omisiones o errores de lo que aquí escribo, misma que asumo por completo.

En primer lugar, quiero agradecer a mi editora en Turner, *madame* Paola Morán que con paciencia y gran disposición me animó a continuar y alivió mis agobios en los ataques de bloqueo de escritor que me aquejaron.

A Rosa Luisa Guerra, mi parienta querida y adquirida, cuya compañía cariñosa, férrea disciplina y tenacidad para imponer el orden en el texto, me ayudaron a que este libro llegara a buen puerto. A Martín Solares cuyos sabios y amables consejos me impulsaron a escribir sobre una de las cosas que más me apasiona en la vida: la historia.

A Solange Alberro, mi maestra y amiga, quien ha compartido generosamente conmigo no sólo su valiosa biblioteca sino su enorme saber, además de un agudo y profundo conocimiento de la compleja dinámica virreinal y de sus actores.

Agradezco también a los seguidores quienes en redes sociales me acompañan cada día en esta cruzada porque se haga una mayor divulgación de la historia de México, tan necesaria para comprender y explicar nuestro pasado, en particular el mundo novohispano tan injustamente vilipendiado o en el mejor de los casos, ignorado.

A mi familia entrañable: mis papás: Beatriz y José Luis y mi hermana Ingela, que celebran con desmedido y conmovedor entusiasmo mis pequeños triunfos. Qué suerte tan grande tenerlos. A mis sobrinas Camila y Karina, las hadas-elfo que me recuerdan cada vez que tienen tarea, lo importante que es acompañar a las nuevas generaciones en el descubrimiento de lo que fuimos y compartir con ellas lo que de ello sé.

A Víctor, compañero incondicional en este azaroso andar por el mundo que es la vida, gracias por ser refugio en lo adverso, consuelo y alegría.

A Jerónimo y Mariano, implacables torbellinos de fuego y ternura, quienes han sido los maestros más exigentes que he tenido jamás, gracias por enseñarme de qué está hecho el amor a prueba de todo. Sin ustedes, no existiría la luz en mi mundo.

ÍNDICE

I	Ausencia al más amigo, presto le pone en olvido	13
II	Una amenaza contundente: el cisma y los herejes más peligrosos	17
III	Un mundo cerrado	21
IV	Quien a uno castiga, a ciento hostiga	25
V	Ni tantas brujas, ni tantos quemados	29
VI	El que mucho abarca, poco aprieta	31
VII	Un instructivo para el inquisidor moderno	33
VIII	Al hombre apurado le falta sabiduría	43
IX	Hacerse a la mar para poder medrar	49
X	Lo que mal empieza..	53
XI	Con los indios, no	57
XII	Como te presentes, así te mirará la gente	59
XIII	Matar el tiempo, mitigar el hambre	63
XIV	Delitos religiosos menores: blasfemia y bigamia	65
XV	Judío que come tocino y jamón, tornase cristiano sin dilación	69
XVI	Una miscelánea sin sobresaltos	83
XVII	La complicidad grande	89
XVIII	Un irlandés incómodo	103
XIX	Les cayó la auditoría	111
XX	Actos torpes y deshonestos: la solicitud	119

xxi	El eco de una esclava	123
xxii	No lo dice por odio ni por rencor	127
xxiii	Que recorra su memoria	131
xxiv	Comentario final	137
Bibliografía		141

Vivimos en una sociedad ingrata. Contrata a una serie de personas con el objeto de que cuiden de la aplicación de leyes inoperantes y defiendan instituciones antediluvianas, les entrega armas y les pone trabas para usarlas. Les confiere autoridad y les exige que se porten como caballeros, las pone en tentación y las acusa de soborno.

JORGE IBARGÜENGOITIA
VIAJES EN LA AMÉRICA IGNOTA

Calabozos oscuros, húmedos y hediondos. Ratas que se comen las magras raciones de los presos. Torturas inenarrables. Llanto y locura. Dolor y muerte. Injusticia. Terror. Repugnancia. Curiosidad morbosa. Angustia. Soledad. Imágenes y sentimientos que se despiertan en cuanto se habla de la temible Santa Inquisición. Imaginamos esa vida exangüe y miserable que se escurre, desprovista de esperanza de los infelices presos que caían en las cárceles inquisitoriales.

En tanto pensamos en los inquisidores, acuden las siluetas amenazantes, despreciables y tenebrosas de hombres tristemente célebres, implacables y crueles como Bernardo Gui el personaje de *El nombre de la rosa*. En nuestras mentes se ha fijado el estereotipo del sacerdote malvado, juez implacable, que actúa impulsado solo por fanatismo, avaricia, venganza y sadismo.

Aparecen también, los rostros imaginarios de amigos, familiares, criados, compadres y vecinos quienes vencidos por el pavor se acusan unos a otros. Familias separadas, infamadas y arruinadas, fortunas perdidas, torturas arbitrarias, inocentes famélicos languideciendo en la cárcel.

Negar que la Inquisición intervino en aquellos eventos con bastante frecuencia sería no solo inútil sino perverso. Pero esa ominosa oscuridad es únicamente una parte de la historia que rodea a los tribunales inquisitoriales. Es necesario arrojar luz sobre otros aspectos que también formaban parte esencial de la dinámica inquisitorial.

Con frecuencia se desconoce que el tribunal, como el resto de los tribunales en su tiempo, se regía por una serie de instrucciones, prohibiciones, excepciones y recomendaciones que debían aplicarse conforme a las leyes. Si bien es cierto que las leyes no se cumplían cabalmente, ya sea por indolencia o por abuso, dichas arbitrariedades no eran monopolio del tribunal del Santo Oficio.

La función del tan temido y odiado tribunal era perseguir los delitos de fe y en tanto órgano persecutorio y castigador cumplió el cometido de mantener el orden religioso –no necesariamente moral– en el imaginario colectivo.

Pero más allá de todos esos aspectos que han provocado que tengamos un panorama sesgado del funcionamiento de la Inquisición, especialmente en el caso novohispano, se busca ahondar en las particularidades que la esfera inquisitorial tuvo en estas tierras.

Esto permite ampliar la visión no solo del tribunal, sino del engranaje que permitió su articulación e intercambios con el resto de las instituciones y los actores sociales en el contexto virreinal. El objetivo es mostrar una serie de matices y al mismo tiempo arrojar luz sobre algunas ideas que se han convertido en estereotipos y que se encuentran incrustados en la mente de los mexicanos.

I
AUSENCIA AL MÁS AMIGO,
PRESTO LE PONE EN OLVIDO

Antes de ahondar sobre el desempeño del Santo Oficio en tierras americanas, hay que empezar por explicar cuál es el origen de tan tristemente célebre institución religiosa. Cuando el cristianismo fue proclamado la religión oficial del imperio romano alrededor del siglo IV d.C., comenzaron a surgir una serie de herejías, es decir, interpretaciones de la religión, alejadas de la ortodoxia que buscaba conservar el Papado.

Hereje proviene del griego “heresis” que significa opinión, filosofía o toma de posición. Antiguamente, el término no poseía una connotación negativa, pero con el correr de los siglos y a medida que la estructura de la Iglesia fue haciéndose más sólida, y afianzando sus postulados como verdades absolutas e incontestables, el término fue asociándose con la idea de error. En efecto, los herejes eran aquellos que optaban por una opinión distinta y por ende, errónea a la impuesta por la jerarquía religiosa que admitía solo una interpretación –la propia– de los dogmas y de los textos sagrados.

Durante la Edad Media a lo largo de Europa surgieron grandes cantidades de grupos religiosos, llamados sectas, que interpretaban y profesaban el cristianismo con diversas variantes; entre los que se cuentan: maniqueos, pelagianos, valdenses, cátaros, priscilianistas, insabatatos, eutiquianos, ofitas, nicolaítas, alogos, ticianos, patricianos, acéfalos, circonciones, novacianos,

fotinianos, setitas, acuarios, adamitas, severianos, arrianos, por mencionar solo un puñado. Algunos de los postulados que sostenían estos movimientos heterodoxos era la negación del bautismo a los niños, así como de los sacramentos de la eucaristía y el matrimonio, se mantenían solteros; sin embargo, no guardaban la castidad, afirmaban que Cristo había sido engendrado por María y José, no consagraban el vino, sino solo agua, detestaban la carne; unos vivían desnudos, imitando a Adán, o se suicidaban por amor al martirio; negaban la realidad del cuerpo humano de Jesucristo o eran iconoclastas. Otros señalaban incluso que no debía obedecerse a autoridad alguna, ni eclesiástica ni civil; algunos más difundían una mezcla de gnosticismo y maniqueísmo. Los había que permitían a las mujeres predicar y administrar los sacramentos, por mencionar algunos.

No existe un registro de todas las sectas que surgieron durante la Edad Media, pues no ha quedado registro documental de muchas y lo que nos llega son tan solo los ecos de lo que se revelaba en los interrogatorios de los procesos o las impugnaciones e invectivas lanzadas en su contra por la ortodoxia cristiana de aquel tiempo.

La expansión de dichas sectas fue vertiginosa y, en algunos casos, alarmante a los ojos de las autoridades eclesiásticas; por lo que un principio la Iglesia encomendó a los obispos que periódicamente llevaran a cabo visitas a los pueblos y comunidades más remotos de sus diócesis, verificando que los fieles cumpliesen con sus deberes religiosos como se esperaba. Era su obligación averiguar, buscar, indagar, descubrir, inquirir, de ahí el término *inquisitor*. Porque se pensaba que la herejía *naturalmente* se escondía y era preciso encontrarla, aunque hubiese que escudriñar en lo más profundo de los corazones.

Pero el celo de los obispos fue más bien débil. A veces se olvida que en aquellos tiempos no había carreteras pavimentadas, ni

luz eléctrica, ni siquiera existía el concepto de *confort*, de comodidad. La dificultad en los traslados, el peligro agazapado en los caminos asolados por ladrones, pícaros y criminales, las incomodidades propias del viaje –había que cargar con camas, sillas, cofres, ropa, cacerolas, vajillas, baúles, ropa, criados y acompañantes–; la indolencia y un largo etcétera impidieron que los obispos llevaran a cabo esa tarea con el tesón y el rigor que se requerían.

Posteriormente, hacia 1163, Alejandro III envió legados papales, –funcionarios nombrados expresamente por el pontífice– cuya función era averiguar y sancionar las manifestaciones y comportamientos religiosos de los fieles y aplicar a los infractores las penas de rigor: la confiscación de bienes, la excomunión y el encarcelamiento según la gravedad del caso; pero la misión de nueva cuenta, fracasó.

En el siglo XIII surgieron dos órdenes mendicantes, cuyos fundadores –Francisco de Asís y Domingo de Guzmán– eran contemporáneos. Estas órdenes buscaban el regreso a los ideales del cristianismo primitivo: franciscanos y dominicos, que recorrían los caminos predicando el Evangelio y la pobreza de Cristo, sin ninguna atadura terrenal, sosteniéndose de limosnas.

Esto dio oportunidad para que el papado fundara tribunales permanentes que pudieran perseguir metódicamente las faltas a la fe y extirpar la herejía; pues santo Domingo de Guzmán había visto de cerca la herejía de los cátaros en su paso por Toulouse, Francia y buscó mediante la predicación, la pobreza, la mendicidad y la castidad, provocar el arrepentimiento en los herejes y su regreso a la verdadera fe.

Así, el poder inquisitorial recayó principalmente en los dominicos, llamados también los perros de Dios, *Domini cane*, en clara alusión a su función de guardianes y defensores de la pureza de la fe.

Se cree, de forma errónea, que fue España la que fundó el primer tribunal para combatir la herejía y el judaísmo. En realidad, fue Francia bajo el reinado de san Luis en el siglo XIII, donde se estableció un tribunal inquisitorial. El dominico Robert de Bougre es conocido como el primer inquisidor cuya intemperancia y despiadada persecución de la herejía arrastraron a la muerte a cientos de personas.

Paulatinamente se fueron estableciendo tribunales en otras regiones europeas como Lombardía cuyo inquisidor, también dominico, Pedro de Verona, fue asesinado; por lo cual fue canonizado y recibió el nombre de san Pedro Mártir, y fue nombrado patrono de los inquisidores. Posteriormente se fundaría otro tribunal en Aragón, que todavía era un reino separado de Castilla. En el curso del siglo XIV también se fundarán tribunales inquisitoriales en Alemania, Polonia, Portugal y Bohemia.

II

UNA AMENAZA CONTUNDENTE: EL CISMA Y LOS HEREJES MÁS PELIGROSOS

En el siglo XVI la religión cristiana sufrió un cisma, que cambiaría para siempre la geopolítica y los comportamientos socioculturales de Europa y el resto del mundo. Pero ese cisma tendría consecuencias también en la forma de adoctrinar y cristianizar a los millones de indígenas que habitaban allende el océano y en el afán de perseguir cualquier intento de “contaminación” de aquellas sociedades.

En el seno mismo de la Iglesia, teólogos y religiosos –los únicos que tenían acceso directo al conocimiento, la lectura y la escritura– comenzaron a denunciar los abusos y la corrupción de la Iglesia. Las críticas a los privilegios, la riqueza y el olvido de los ideales del cristianismo primitivo, de reformadores como John Wyclif en Inglaterra; Jan Hus en Praga; Girolamo Savonarola en Florencia y posteriormente Martín Lutero en Alemania y Juan Calvino en Francia, produjeron de forma irreversible un desgarre político y una fractura religiosa en Europa.

Tanto Hus como Savonarola perecieron en la hoguera, acusados de herejía, mientras que Wyclif fue condenado *post mortem*. Sus huesos y libros fueron quemados.

La Iglesia católica, enfrentada a los cuestionamientos de los reformadores y reacia a las críticas, no cedió un solo paso. Por el contrario, endureció y reafirmó los dogmas católicos como la inmaculada concepción de la Virgen María, la intercesión de

los santos ante Dios; así como la efectividad comprobada de los milagros, la transubstanciación –la presencia real, es decir, la carne y la sangre de Cristo en la eucaristía, aunque no haya evidencia física–. Así como la importancia de cumplir con los sacramentos –bautismo, confirmación, comunión, sacerdocio, penitencia, matrimonio y unción de los enfermos– que correspondieran a cada estado de vida y a respetar los preceptos de la Iglesia.

Los otros grandes enemigos de la cristiandad española eran los judíos conversos o judaizantes. Tanto judíos como musulmanes, habían convivido en relativa paz en la península ibérica, salvo ciertos períodos de recrudecimiento de la aversión contra los primeros.

Los judíos conservaban prácticas milenarias como la circuncisión, ayunos religiosos, la prohibición de consumir carne de cerdo o sus derivados como tocino, chorizo o jamón, o la carne de cualquier animal de pezuña hendida, sangrar bien la carne antes de cocinarla y evitar la morcilla, no freír con manteca, sino con aceite de oliva. Además de la costumbre de bañarse, lavar los cadáveres y de amortajarlos en lienzos limpios; respetar los 7 días de duelo al fallecer un familiar, rasgándose las vestiduras y sentándose en el suelo, sin cocinar, ni prender fuego; celebrar la pascua judía y observar el *shabbath*, –de la puesta del sol el viernes a la puesta del sol, el sábado–; concertaban matrimonios endogámicos buscando la preservación de la estirpe y la sangre judía. Estas, entre muchas, eran las prácticas que los diferenciaban marcadamente de los cristianos y sus ritos y códigos.

Durante el siglo XVI, a raíz del decreto de expulsión promulgado por los Reyes Católicos, miles de judíos se vieron obligados a abandonar sus posesiones, sus negocios y el terruño, en aras de conservar su religión. Trataron de huir al norte

de África; pero sufrieron vejaciones y expolios humillantes por parte de los musulmanes que dominaban aquella región. Otro tanto decidió convertirse sinceramente y conservó así sus negocios y hogares. Un último grupo fingió convertirse al cristianismo e intentó practicar su religión en secreto. Aunque aparentasen ser buenos cristianos, enseñaron a sus descendientes las prácticas y creencias y a respetar las prohibiciones establecidas por el judaísmo. No obstante, algunos no corrieron con suerte y fueron descubiertos.

La Inquisición católica será la encargada de vigilar que los cristianos cumplan y de detectar y castigar las eventuales desviaciones a los comportamientos permitidos.

III

UN MUNDO CERRADO

Durante siglos, el imperio español despertó la codicia del resto de Europa que soñaba con aquellos galeones repletos de oro, plata, perlas y esmeraldas que zarpaban de los puertos americanos hacia Sevilla o Cádiz. Naves que llevaban sedas, clavo, pimienta, canela, azafrán, traídas desde Manila, Filipinas, hasta Acapulco; de ahí por tierra firme a Veracruz para embarcar de nuevo hacia el Atlántico. Además, llegaban las tinturas vegetales de colores brillantes y perdurables: el palo de Campeche con el que Felipe II hacía teñir sus ropas de un negro intenso, era la envidia del resto de los monarcas que se conformaban con usar ropas de un gris desvaído, en un tiempo en el que el negro era el color de moda, la encarnación de la severidad y de la elegancia; además tenían la grana cochinilla que crecía en las nopaleras cultivadas en Oaxaca y Tlaxcala que producía un hermosísimo rojo carmesí; el añil, color intenso, resistente a la luz y a la humedad, extraído de la maceración de hojas de índigo, también conocido como azul maya. Contaban con el cacao de la región del Soconusco, aquel fruto con el que se preparaba la bebida exótica y espumosa que reconfortaba a los enfermos y arrastraba a caer en el pecado de gula en los sanos, pronto generó una verdadera revolución en el gusto de las élites europeas que solían tomar varias tazas a día. Se preparaba con agua de rosas o azahar, pimienta, clavo,

vainilla, achiote para darle color y por supuesto, azúcar. La caña de azúcar fue sembrada, por órdenes de Hernán Cortés, en las calurosas tierras de Veracruz, el valle de Cuernavaca, pero también creció como maleza en Las Antillas y Cuba, como si sus raíces fueran americanas, aunque su origen parece remontarse a Nueva Guinea y posteriormente a la India. Contar con dicho cultivo en las Indias Occidentales ahorra el peligroso y costoso comercio con los musulmanes de Asia menor. Estos son solo algunos de los productos que llegaron a Europa y cambiaron para siempre la cultura, los hábitos, los gustos y las costumbres.

Ese mundo exótico, gigantesco y próspero del que solo llegaban ecos lejanos o distorsionados de quienes habían tenido la posibilidad de verlo, de olerlo, de tocarlo, de vivirlo, despertó la ambición y la codicia de los países que no tenían acceso a los dominios españoles. Eran constantes las acechanzas y los ataques de piratas y corsarios que buscaban hacerse con alguna parte de aquel jugoso botín. Por lo tanto, las restricciones para el ingreso de extranjeros a los virreinos eran bastante severas, se necesitaban permisos especiales para poderse embarcar; aunque es posible encontrar las huellas de franceses, ingleses, holandeses, alemanes, irlandeses, griegos, entre otros. Al ser un mundo cerrado en el que la Corona intentaba proteger no solo las riquezas que le eran indispensables, sino también a sus fieles de la penetración del protestantismo.

Por su forma de hablar, sus ademanes, sus costumbres los extranjeros eran vistos con desconfianza. Por ejemplo, cuando el pirata inglés Hawkins –“Aquinés” en su castellanización– fue derrotado en San Juan de Ulúa, muchos de sus hombres fueron aprehendidos, con el agravante de ser sospechosos de practicar el luteranismo; aunque otros tantos se internaron en territorio novohispano y se perdieron en los pueblos de indios.

Se abrieron hasta 400 procesos en el tribunal, pues al menos 100 hombres fueron aprehendidos en la desbandada del pirata inglés. A quienes se negaban a confesar se les sometió al tormento, medida de rigor para obtener la verdad oculta. Unos resistieron y otros confesaron. Las penas fueron variadas, algunos fueron absueltos y solo escucharon misa con una vela en la mano y se llevaron una reprensión, –una reprimenda, pues– mientras que otros fueron remitidos a España, unos más condenados a galeras –remar en los barcos–, destierro, multas y azotes. Únicamente cinco fueron condenados a la hoguera con confiscación de bienes por ser herejes, luteranos, impenitentes y relapsos, es decir, reincidentes. A unos por ser muy jóvenes –era usual que en los barcos laboraran niños y adolescentes que llevaban el peor trato en las naves– y, al parecer de los inquisidores de buen talante y bondadosos, se les permitió quedarse a vivir en Nueva España; incluso se casaron y no volvieron a sufrir tropiezo alguno con el Santo Oficio.

QUIEN A UNO CASTIGA, A CIENTO HOSTIGA

Para comprender los fines del tribunal, así como su jurisdicción, –tema que será objeto de constantes fricciones con el resto de las autoridades en Nueva España–, es necesario distinguir los delitos más graves a juzgar por la Inquisición, que son principalmente la herejía y la apostasía y posteriormente el criptojudasismo.

El hereje es aquel que ha conocido la religión cristiana, sus preceptos, sacramentos y doctrina y niega, atenta o contradice algunos de los postulados sancionados por las autoridades eclesiásticas –padres y doctores de la Iglesia y el Papado en Roma–. El apóstata en cambio, renuncia por completo a los postulados de la verdad.

Por último, el infiel o gentil es quien nunca ha sido cristiano, profesa otra religión y por tanto vive en el error, engañado; pero no ha renegado de la fe cristiana. Era el caso de los judíos y los musulmanes, que en España fueron una presencia importante durante varios siglos.

Por su parte, los indígenas en América fueron considerados neófitos, es decir, nuevos en la fe después de que el arzobispo fray Juan de Zumárraga actuó con suma severidad al condenar a la hoguera al cacique texcocano, don Carlos Ometochtzin.

También existieron los judíos herejes, criptojudíos o judaizantes –como se les denominaba en la época–, aquellos que se

convertían al cristianismo, obligados por decreto real, so pena de perder sus pertenencias y la vida en caso de no hacerlo, pero que a escondidas retornaban a sus antiguos ritos. La Inquisición española no fue tan benevolente con estos últimos, de hecho, el sobrenombre de Reyes Católicos con el que Isabel y Fernando pasaron a la historia, tuvo su origen en la bula papal que les otorgaba ese nombramiento y que fue emitida cuatro años después del decreto de expulsión de los judíos.

No todos los tribunales inquisitoriales funcionaron de la misma manera. Hay una tendencia a pensar que eran igual de eficientes y que castigaban los mismos delitos. No operaba de la misma forma la Inquisición en Italia, que en España, Francia, Alemania o en América. En esta última, para un territorio inmenso, únicamente se establecieron tres tribunales, el de Nueva España (México) y Perú fundados a finales del siglo XVI y, a principios del siglo XVII, el de Nueva Granada (Colombia).

A finales del siglo XVI la mayor preocupación en los tribunales americanos era detener a toda costa, la penetración de la herejía y el judaísmo que amenazaban directamente la base misma de la ortodoxia católica y podían “contaminar” las almas recién evangelizadas de los indígenas que eran considerados mansos e inocentes. Sin embargo, España otorgó escasa importancia a estos tribunales si se les compara con los de Toledo o Sevilla, por ejemplo.

Conforme transcurrió el siglo XVII la preocupación se deslizó hacia la persistencia de los judíos a conservar sus ritos y creencias, la cual no era ajena a la situación política en Europa por la unión de las coronas de Portugal y España por un lapso de 60 años.

Sin embargo, o fue una preocupación real del tribunal novohispano, el cual se limitó a perseguir y sancionar delitos menores como la superstición, la hechicería –uso de artes mágicas o

encantamientos para obtener algún beneficio—, la blasfemia, la bigamia o la sollicitación —cuando un sacerdote intentaba tener relaciones sexuales o “tocamientos” con la/el confesante— y hacia el siglo XVIII, comenzó a preocuparse por la introducción y lectura de libros prohibidos como los escritos por enciclopedistas franceses.

Es importante aclarar que la Inquisición no juzgaba todo tipo de delitos: de orden moral, sexual, civil o incluso criminal; perseguía únicamente aquellos delitos que atentaran contra la ortodoxia cristiana y la pureza de la fe.

Si se suscitaba un asesinato, un robo, agresión física, estafa o una infidelidad, no era competencia del Santo Oficio iniciar un proceso contra los implicados, a no ser que los crímenes perpetrados involucraran algún atentado contra los preceptos religiosos, los dogmas de la Iglesia o el buen nombre de los inquisidores o que a través de los delitos denunciados pudiese extraerse información sobre el mal proceder religioso del acusado, en este caso, el Santo Oficio intervenía.

NI TANTAS BRUJAS, NI TANTOS QUEMADOS

Con frecuencia se acusa a la Inquisición en los países católicos de realizar cazas de brujas sin parangón y de llevar a la hoguera a miles de personas, sobre todo mujeres. En realidad, en Europa, los únicos países que continuaron siendo católicos después de la Reforma Luterana fueron España, Portugal, parte de los Países Bajos e Italia y de forma intermitente algunos territorios de Francia y Alemania. Y en dichos lugares, el Santo Oficio tuvo una actuación mitigada si se compara con aquella de los tribunales eclesiásticos y judiciales en los países protestantes.

Es necesario comentar que la brujería se entiende como una relación con el demonio a través de sueños y transportes en esos sueños en los que se comenten actos libidinosos con él o se realizan actos sacrílegos con objetos sagrados. De ahí que fuera considerada una transgresión tan grave.

Las grandes persecuciones de brujas quemadas en la hoguera, que se contaron por miles, ocurrieron en los países protestantes, y claro, incluyendo Inglaterra. Es difícil establecer un número exacto de procesos contra brujas, sin embargo, el cálculo de los especialistas ronda los 100 mil procesos durante un siglo aproximadamente, de los cuales la mitad sucedieron en Alemania, mientras el resto es completado principalmente por Francia, Inglaterra y Suiza. Aunque Francia fue la cuna de la caza de brujas, Alemania terminó superándola en número de

procesos. A pesar de ello, los procesos que culminaron en la hoguera fueron quizá la cuarta parte, como en el caso de Alemania en el que se calcula que fueron aproximadamente 25 mil que tampoco es una cifra desdeñable; pero el número de quemados en la hoguera por la Inquisición española queda muy por debajo.

Asimismo, es importante destacar que en los países protestantes los procesos contra brujas no eran llevados a cabo por la Inquisición sino por tribunales civiles o eclesiásticos. También es necesario recordar que la pena de muerte era un castigo común y frecuente en todos los países durante esos siglos.

En tanto los condenados a la hoguera en España —es el antecedente que más interesa por ser el precursor del tribunal novohispano—, no llegaron al millar entre los siglos XVI y finales del XVIII. Y de esos condenados, algunas ejecuciones no se llevaron a cabo porque las penas fueron conmutadas por otras más leves o porque los sentenciados lograron eludir el castigo. Si lo traducimos a números: por cada 100 sentenciados a muerte por los tribunales judiciales, la Inquisición española condenó a morir en la hoguera únicamente a dos en persona y uno más en estatua o efigie porque ya había escapado o muerto; es decir, se hizo solo la representación de la muerte en la hoguera.

Por su parte, el tribunal novohispano formó poco menos de dos mil procesos entre 1571 y 1700, período de mayor actividad. Es decir, 15 procesos anuales en promedio en una población de 450 mil individuos, de la cual, la inmensa mayoría eran indígenas que no podían ser juzgados por la Inquisición; y el resto que sí era sujeto de este tribunal estaba compuesto por un mosaico de mezclas entre españoles, indígenas, negros, mulatos, mestizos y “chinos”, como se denominaba genéricamente a los asiáticos que provenían de Filipinas, China, India o Japón.

VI
EL QUE MUCHO ABARCA, POCO APRIETA

Una de las características que impedía al tribunal funcionar cabalmente al recabar denuncias y dar seguimiento a los procesos era el tamaño del territorio que estaba a su cargo. La jurisdicción del Tribunal de la Inquisición abarcaba Nueva España, hasta Nuevo México al norte, al sur el territorio que en la actualidad ocupan Guatemala, Belice, Costa Rica, Nicaragua y Filipinas. Así, llegamos a la exorbitante cifra de casi tres millones de kilómetros cuadrados, mientras que en España existían 16 tribunales que efectuaban su labor únicamente sobre 500 mil kilómetros cuadrados.

En el caso peruano, la jurisdicción del tribunal inquisitorial abarcaba desde Panamá al norte, hasta Buenos Aires, al sur; por lo cual se hizo necesario el establecimiento de un tribunal en Cartagena de Indias a principios del siglo XVII para atender todas las denuncias y procesos.

Los tribunales de Nueva España y Perú tuvieron escasa importancia si se les compara con equivalentes en la metrópoli. El de Toledo, que fue el de mayor prestigio, pero cuyo distrito era muy pequeño en comparación con los americanos, contaba con cuatro inquisidores, un fiscal, cuatro notarios del secreto y diversos ayudantes. En cambio, para el amplísimo territorio del tribunal novohispano se asignaron puestos para dos inquisidores, un notario, un fiscal y un alcalde. A la escasez de personal,

las distancias y la falta de entusiasmo de los funcionarios, se sumaba también la accidentada geografía y los climas tan diversos de la dilatada jurisdicción.

Aunque hoy parezcan aspectos de menor importancia porque los transportes y comunicaciones actuales nos dificultan dimensionarlo, es cierto que el clima y la geografía influirán en los alcances y la actuación de los inquisidores novohispanos. Montañas escarpadas, pantanos, desiertos, ríos caudalosos, selvas tupidas y bosques, caminos en mal estado, lodazales o inundaciones, y en el caso de Filipinas, un océano de separación, formaban parte del paisaje que componía los gigantescos territorios sujetos al poder inquisitorial.

UN INSTRUCTIVO PARA EL INQUISIDOR MODERNO

Para tratar de dar orden, unificación y claridad a las funciones de los inquisidores, sus atribuciones, procedimiento y las sentencias, los dominicos Raimundo de Peñafort, Bernardo Gui y Nicolau Eymerich, redactaron manuales de procedimiento para las causas inquisitoriales. Aunque el de Gui más que proponer un esquema general, ejemplificaba los interrogatorios, como un relato, una especie de reseña, por lo cual terminó por ser inutilizable. Asimismo, con el tiempo la persecución de los delitos fue ampliándose para incluir la brujería, la bigamia y la blasfemia.

El texto que dará más orden y consistencia a las obligaciones y atribuciones del Santo Oficio será el *Manual de los Inquisidores* de Nicolau Eymerich –quien fuera inquisidor en Aragón– basado en los documentos de los concilios de Letrán, Viena, Lyon, las Sagradas Escrituras y los comentarios de santo Tomás de Aquino. Dicho manual se reeditó cinco veces, tres en Roma y dos en Venecia en el último cuarto del siglo XVI. No obstante, es hacia 1560 que en Toledo se creó, basada en los escritos de Eymerich, la *Compilación de las Instrucciones del Oficio de la Santa Inquisición* hecha por el inquisidor Tomás de Torquemada.

Antes de explicar en qué consistía dicho compendio es necesario recalcar –porque esa será también una particularidad de la experiencia novohispana–, que una cosa es la prohibición o la

ley y otra muy distinta las prácticas y los comportamientos. Si únicamente nos enfocamos en las instrucciones o prohibiciones comprenderemos solo de manera parcial la dinámica y la actuación de jueces y procesados. En efecto, la aplicación de la ley tal y como se verá estuvo sujeta a diversos factores, los cuales no necesariamente estaban relacionados solo con la justicia; sino con las turbulencias políticas del momento, los apuros económicos, los vínculos afectivos, los deseos de venganza y por supuesto, la disposición, preparación y el talante de los inquisidores en turno.

Así pues, los inquisidores españoles debían tener en consideración los siguientes aspectos:

Después de predicar el sermón pertinente en la misa, se abría un período de gracia de 30 días, para que quienes hubieran cometido algún delito contra la fe, herejía, judaísmo, brujería, etc. acudieran a confesar sus faltas, de esa manera se libraban de toda pena y previa abjuración pública eran reconciliados, en el seno de la Iglesia.

La abjuración pública era una pena muy antigua y suponía la lectura del delito del acusado y la manifestación de arrepentimiento de este, así como la detestación de su error y la profesión de fe católica ante las autoridades eclesiásticas, civiles y el pueblo.

Únicamente estaban exentos de la abjuración pública aquellos que fuesen menores de edad, para las mujeres 12 años y para los hombres 14.

Las abjuraciones podían ser *de levi* o *de vehementi*. En el primer caso, la sospecha de herejía era leve, en el segundo era grave. Y su aplicación era inexcusable.

Si el error era tal, que solo la persona que hubiese incurrido en él lo supiera, entonces no se hacía abjuración pública, sino que se le reconciliaba en privado.

Si pasado el período de gracia, alguno se presentara a confesarse, se le impondría una pena leve al arbitrio de los inquisidores, aunque se les confiscaban sus bienes que pasaban a ser del tesoro real.

Sin embargo, si ya había denuncia previa contra esa persona, la pena debería ser más grave, llegando hasta la cárcel perpetua.

Si después de recibida la información y de ser aprehendido el reo, hubiera confesado desde la primera declaración y pidiera ser reconciliado, se libraba de la muerte pues se le concedía la pena de cárcel perpetua.

En el caso más grave, si el delito estaba plenamente probado; pero el reo se obstinaba en negarlo debía ser condenado. A menos que solo hubiera una prueba en su contra, en tal caso podía aplicársele tormento, si después de ello, confesaba y al tercer día se ratificaba en su confesión se debería imponer la pena correspondiente.

No obstante, el arma más poderosa de la Inquisición era el secreto. A diferencia de los juicios civiles o criminales los acusados sabían qué delito se les imputaba y quién los había acusado que no es poca cosa. Es decir, las averiguaciones del Santo Oficio se llevaban a cabo con el mayor sigilo. Así, al desconocer el reo el motivo de la denuncia, se le sometía a un estado de zozobra y desconfianza, y a un examen profundo de conciencia y comportamiento.

En la soledad del calabozo, el acusado tendría tiempo de sobra para recorrer incansablemente su memoria y así trataría de encontrar el delito por el cual estaba encerrado. Ese sistema de secrecía garantizaba además que, en caso de incurrir en varios delitos, el inculpado, ignorante de cuál de ellos se le imputaba, declarara todos y cada uno de ellos y delatara a algún cómplice. El acusado no debía de conocer la identidad de quién lo había denunciado ni de los testigos en su contra para prevenir futuras venganzas.

A la par de esta práctica, los manuales recomendaban la introducción de malsines, es decir, presos por algún delito menor que a su vez fungían como soplones, debían mediante el engaño, la amistad simulada y el falso consuelo, intentar extraer de sus compañeros de celda toda la información posible que “completara” el expediente delictivo del acusado: complicidades, motivaciones, creencias, dichos contra las autoridades —apodos, críticas, burlas—, o cualquier dato que contribuyera a profundizar sobre el mal proceder del reo. No hay que confundirlos con aquellos presos que desesperados y presas del pánico confesaban suplicantes y casi a gritos, implicando a familiares y amigos. Los malsines no tenían escrúpulo alguno y colaboraban con las autoridades abrigando la esperanza de que eso redujera o mitigara su propia condena.

Uno de los aspectos en los procedimientos inquisitoriales que provocan más horror es el tormento, que hoy llamamos tortura. El tormento era una herramienta legal que se utilizaba desde la antigua Roma para interrogar a los esclavos en algún proceso judicial. Por tanto, no fue una innovación medieval sino una recuperación de una antigua tradición. Tiende a creerse que la Inquisición “inventó” el tormento y lo aplicaba sin seguir ningún procedimiento establecido, solo impulsada por el sadismo y un fanatismo absurdo. Por el contrario, el tormento se aplicaba también en procesos criminales y judiciales ya que su función era extraer una verdad que estuviera oculta.

Incluso Inglaterra que se jactaba de no aplicar el tormento, lo hacía bajo otros nombres. En otras palabras, el tormento no es un artificio de la ociosidad maligna de los inquisidores sino una herramienta judicial utilizada por diversos tribunales a lo largo toda Europa, durante siglos y después, aunque en menor medida, en los virreinos americanos.

Uno de los tormentos más comunes era el potro, en donde se acostaba al reo sobre un tablón, al que le sujetaba con cordeles, los cuales, a su vez, estaban amarrados a varios tornos, para ir dando vueltas y así jalar cada extremidad; causando que las cuerdas se hundieran en la carne, y en caso, extremo, provocaban el descoyuntamiento. No obstante, debía evitarse la efusión de sangre. Por esta razón, el tormento se aplicaba en presencia de un médico que debía señalar el momento previo al sangrado, para que el inquisidor determinara la suspensión del tormento. El médico verificaba el estado general del acusado y sugería la conveniencia o no de retomarlo. Sorprende la intención de preservar la vida del acusado, pero el tormento en los procesos inquisitoriales buscaba extraerle la verdad no arrebatarle la vida.

También se utilizaban las jarras de agua, donde al reo se le acostaba en una especie de escalera que permitía que la cabeza quedara más abajo que las piernas, se le introducía un trozo de tela en la boca y se vaciaba una jarra de agua sobre este, lo que ocasionaba la sensación de ahogo. Esa forma de tormento cayó en desuso con los años, y hay escasa evidencia de que formara parte de los procesos inquisitoriales novohispanos.

También en la justicia civil hay indicios de haberse aplicado las jarras de agua, así como la garrucha, esta última consistía en atar las muñecas por la espalda del acusado y levantarlo mediante una polea y después soltarlo con violencia sin que tocara el suelo, ocasionando la dislocación de los miembros.

En Nueva España, la incidencia en la aplicación del tormento en los procesos inquisitoriales era del 30% del total de los procesados en los tres siglos de funcionamiento del tribunal. Únicamente uno de cada tres acusados era sometido al tormento. Algunos con mayor rigor, a otros solo bastaba con amenazarlos con la aplicación del mismo o con ponerlos frente a los aparatos de tormento para que confesaran.

Lo mismo sucedía con la pena de muerte en la hoguera. El fuego tenía un sentido purificador, de limpieza; pero también de erradicación total y los tribunales civiles lo aplicaron también cuando el delito así lo ameritaba, verbigracia cuando se trataba de un delito de *lesa majestad*, es decir, cuando el criminal perpetraba o planeaba un atentado contra el rey o cometía un delito agravado como la traición. Una de las penas que se imponían a este tipo de delincuentes era el ser arrastrados por todo el pueblo o villa, atados a la cola de un caballo, para después ser descuartizados y sus restos exhibidos por los caminos sin recibir cristiana sepultura, lo cual era uno de los destinos más temidos por los cristianos de aquel tiempo.

El cuerpo era el lugar mismo del castigo, al que se sumaban las penas pecuniarias y la infamia sobre la descendencia.

Llegaba a suceder que los sentenciados a la hoguera escapaban de la cárcel o morían durante el proceso, de forma que eran desenterrados y quemaban sus huesos o se fabricaba una figura o “estatua” con las características del sentenciado a la que se prendía fuego.

En realidad, la Inquisición no quemaba a nadie, ya que como parte de la Iglesia no podía mancharse de sangre, así que era el poder civil quien tenía la responsabilidad y obligación de aplicar el castigo, pues no correspondía a los religiosos la atribución de matar, no podían mancharse las manos de sangre. De ahí que en los casos de herejes condenados a la pena capital, se estableciera en la sentencia que los culpables serían “relajados al brazo secular”, eso significaba que serían entregados a la justicia civil para su ejecución, misma que se llevaba a cabo en las afueras de las ciudades, –en la Ciudad de México, el quemadero estaba cerca de la iglesia de San Hipólito, en un costado de lo que actualmente es la Alameda–, después de

haber realizado el auto de fe en alguna plaza, la catedral o en Santo Domingo.

En el caso de alcanzar la libertad después de concluido el proceso —lo cual era bastante más común de lo que se piensa— el reo estaba obligado a guardar silencio sobre todo lo sucedido desde su aprehensión, lo que hubiera visto o escuchado en las cárceles, los nombres de los implicados, los delitos imputados, bajo la advertencia de que, si incumplía, sería de nuevo apresado y en la reincidencia no habría misericordia.

Parece difícil que al regresar a sus vidas cotidianas los acusados pudiesen guardar silencio en torno a dónde habían estado tanto tiempo si se ausentaban por meses y hasta años, no se les veía por plazas, calles, ni oficios religiosos, más difícil si al momento del arresto algunos vecinos hubieran visto a los alguaciles acercarse a sus casas. Quizás podrían inventarse un viaje de negocios, una prolongada enfermedad de la cual habían ido a convalecer lejos del bullicio o una mudanza de hogar; pero no faltaría el chiquillo curioso agazapado tras una barda, un par de mujeres que bordaban junto a una ventana o algún criado indiscreto que detectara algún ruido o movimiento inusual por el barrio. De hecho, quienes vivían a un costado de las cárceles con frecuencia escuchaban las conversaciones entre los presos, adivinando o infiriendo los nombres de los reos. A esto se sumaba que, en la mayoría de los casos, el castigo era público a la vista de todos en su función de ejemplo y escarmiento.

Aun así, el sentenciado debía forzosamente guardar estricto silencio y no hablar con nadie de lo vivido en las cárceles. Aquel era un tiempo en el que parte de los valores más importantes eran la honra, el buen nombre, la “pública voz y fama” o sea lo que se decía, lo que se conocía y lo que se sabía de alguien.

Llegamos al fin a uno de los aspectos más importantes del proceso: la culminación en el llamado el auto de fe.

La escenificación, el despliegue de poder, la humillación y el arrepentimiento del acusado, los rezos de los religiosos que conminan a los condenados o penitenciados a reconocer sus errores para salvar su alma, los gestos, la función ejemplificadora del castigo público. El entretenimiento, la diversión y el terror mezclados. La mayoría de la población no sabía leer ni escribir. Pocos, muy pocos tenían acceso a la lectura y la escritura, reservadas casi exclusivamente a los miembros de la Iglesia. Así que los rituales y la gestualidad formaban un papel indispensable en el adoctrinamiento de las almas, para enseñar a la población cuáles eran los comportamientos sancionados por las autoridades eclesiásticas y cuáles detestables a los ojos de Dios. Era la pedagogía de los pecados y sus consecuencias, tanto en la vida terrenal como en el infierno. Eran ceremonias que revestían solemnidad, eran costosas, suponían una serie de preparativos y gastos y duraban prácticamente un día completo, desde el amanecer hasta la puesta del sol.

A aquellos encontrados culpables de herejía se les imponía el sambenito, prenda de tela burda, con una cruz de media aspa o de san Andrés, cosida en la espalda. Dicha prenda infamante era colgada al finalizar el auto de fe en una pared interior de la catedral acompañada de un cartel que ostentaba el nombre y apellidos del sentenciado y el delito que había cometido, para que los fieles conservaran o refrescaran en su memoria la humillación del infractor.

Los sentenciados quedaban infames de derecho, es decir, caían en la deshonra y el descrédito y, por lo tanto, no tenían acceso a oficios públicos ni a beneficios; no podían ser médicos, especieros, procuradores, arrendadores, sangradores o boticarios, entre otros oficios. Tampoco podían portar joyas de oro, plata, perlas, ni piedras preciosas, ni vestir seda o andar a caballo. Aunque como siempre que se trata de la aplicación de

la ley en el mundo virreinal, se presentaban numerosas excepciones y se otorgaban permisos a algunas penitenciadas para lucir joyas y vestir sedas mientras que a otros, se les concederá incluso, montar a caballo.

VIII AL HOMBRE APURADO LE FALTA SABIDURÍA

Para entender la actuación del tribunal novohispano hay que explicar quiénes fueron los encargados de vigilar la conservación de la fe, así como los auxiliares, que intervenían a lo largo de un proceso inquisitorial. A pesar de ser presidido por religiosos que sancionaban los comportamientos y las prácticas establecidas, el tribunal inquisitorial fue una corporación cuyos miembros eran, ante todo, burócratas imperiales, es decir, empleados de la Corona española.

Durante siglos la carrera eclesiástica fue con frecuencia una manera importante de medrar qué quiere decir mejorar la condición social y material y adquirir mayor prestigio. Y para cierto sector social, casi el único destino posible. Sobre todo, para quienes eran “segundones”, es decir, aquellos que no eran primogénitos y por ende no les correspondía nada de la herencia paterna. Así, muchos hombres que no podían descender de categoría social, pues eso afectaba la honra familiar, el prestigio y la fama, se decidían por el sacerdocio sin tener vocación alguna, más bien una necesidad por mantener o mejorar su estatus social al ascender y obtener privilegios. Esto provocó que la Iglesia fuera llenándose de sacerdotes con una vocación débil o inexistente y a ojos de los coetáneos, apartándose del ideal primitivo de pobreza y humildad predicado por Jesucristo.

En el Nuevo Mundo, los inquisidores que se embarcaban para cumplir sus funciones, eran licenciados o doctores que habían estudiado en Salamanca o en Sevilla, Granada o Córdoba. Sin soslayar su celo espiritual, en la mayoría de los casos, los funcionarios inquisitoriales buscaban mejorar un currículum mediocre, hacer fortuna, o lograr un ascenso y promoción relativamente rápidos. En otras palabras, el tribunal del Santo Oficio en América –ya fuera Nueva España, Perú o, más tardíamente, Nueva Granada–, servía como un medio para mejorar los medios materiales, adquirir un cierto prestigio y acceder en un futuro a un mejor puesto, en algún otro virreinato, o de vuelta a España, en alguno de los tribunales diseminados por la península ibérica. El novohispano era un tribunal de escasa importancia, sin gran prestigio, no obstante, servía para lo que ahora sería “hacer carrera”.

En el diario acontecer del tribunal intervenían diversas personas, algunas de ellas con un sueldo y otras que solo ostentaban un cargo por el que no percibían ingresos, pero que otorgaba prestigio, valor tan importante como el caudal, en aquellos tiempos.

Entre ellas se encontraban comisarios, notarios, alguaciles, familiares, calificadores, receptores, abogados, ayudantes, intérpretes de náhuatl, otomí, maya, alemán, francés o inglés, médicos, barberos, boticarios, nodrizas, etc.

Diseminados en los pueblos, puertos, villas y reales de minas vivían los comisarios inquisitoriales quienes eran, por lo general, los párrocos de la Iglesia y se encargaban de recibir denuncias y testificaciones por delitos de fe y de enviarlas al tribunal en caso de que a su juicio ameritara enterar a las autoridades del delito. A su vez, los inquisidores revisaban si en efecto había una sospecha que implicara su actuación y daban órdenes para la aprehensión del sospechoso, solicitaban copias de las testificaciones u ordenaban que el comisario recabara más

información según fuera el caso, dichos religiosos no percibían salario alguno por ser comisarios.

Escribir las denuncias y las testificaciones era tarea de los notarios o escribanos y a pesar de que debían ser designados por los inquisidores, en caso de enfermedad o deceso del notario, el comisario debía tomar las denuncias, pues tales nombramientos podían tardar hasta 10 años en llegar como sucedió en Yucatán a mediados del siglo XVI.

Los acusados tenían derecho a un abogado defensor que debían pagar de su bolsillo o en caso de ser menores de 25 años el tribunal les asignaba un curador, un abogado que debía aconsejarles y asesorarles durante la sustanciación del proceso.

Los calificadores eran especialistas en teología, eran llamados para que una vez iniciado el proceso dieran su parecer sobre los delitos cometidos; sin embargo, tampoco percibían un sueldo.

Los alguaciles eran los encargados de llevar a cabo la aprehensión del acusado y su persecución en caso de huida, así como la confiscación de bienes junto con el receptor y el notario que debía dar fe de los bienes confiscados. Pero no siempre coincidía lo confiscado con lo registrado. Los alguaciles debían también encargarse de impedir toda comunicación o contacto del acusado con sus familiares o amigos y mantener el secreto de las causas de su arresto hasta el momento en que entregaban al reo al alcalde de las cárceles inquisitoriales. En estos menesteres también se suscitaron diversas irregularidades.

Los acusados por algún delito de fe que no vivieran en la Ciudad de México debían ser trasladados a la sede del tribunal que siempre estuvo escaso de personal. Como la Inquisición no disponía de transportes propios para tal efecto, había que contratar y pagar a alguien, como el dueño de una recua de mulas para que transportase al acusado hasta la capital, con cargo al bolsillo del acusado o de su amo en caso de ser esclavo.

Los designados como familiares, que no tenían parentesco con los acusados, cumplían una función que no queda enteramente clara –hay quienes los tildan de soplones– salvo que eran una especie de presencia del Santo Oficio que recordaba la vigilancia y los alcances del tribunal principalmente en zonas donde no existieran comisaríaš. Para la Ciudad de México debían nombrarse 12, mientras que en los obispados debían ser cuatro y para pueblos o villas más pequeños, uno. Ostentaban las insignias de la Inquisición y podían portar armas, además de estar exentos de la jurisdicción de otros tribunales o autoridades lo cual originó que fueran acusados de soberbia, abuso de poder y de hacer negocios deshonestos amparados en su posición de privilegio, situación nada extraña puesto que no percibían remuneración alguna por dicho nombramiento.

Para todos los funcionarios anteriormente descritos era indispensable presentar una probanza de limpieza de sangre, es decir, una prueba de que sus ancestros pertenecían a un linaje de cristianos viejos entre los que no se contara judíos, conversos, ni musulmanes. Se debía interrogar a personas honestas que hubieran conocido a los padres y abuelos, que dieran fe de la limpieza de sangre de su estirpe. Pero con frecuencia, dichos certificados eran falsificados, los conversos ofrecían sobornos a los encargados de realizarlos y se cambiaban de apellido, ya que después de siglos de presencia judía y musulmana en la península ibérica no era tan fácil demostrar la tan requerida limpieza. Ejemplos sobran; pero baste citar dos: santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz, carmelitas españoles que en el siglo XVI se convirtieron en venerables exponentes del misticismo y de la devoción reformada dentro del catolicismo eran a su vez descendientes de judíos conversos.

Además de todos los miembros de la red inquisitorial mencionados, existían otros auxiliares que debían ser remunerados

y cuyos servicios eran requeridos según las necesidades del momento. Los médicos debían revisar el estado de los presos después de someterlos al tormento, si había heridas proporcionar algún remedio al igual que si un reo enfermaba. También se les pedía que examinaran a un preso que fingiera locura para dar su parecer sobre el verdadero estado mental del mismo ya que no era infrecuente que los presos intentaran hacerse pasar por dementes o que, efectivamente reducidos a un confinamiento oscuro y lóbrego, sumidos en la angustia y aislados de sus familias, perdieran la razón. El boticario tenía la función de preparar el remedio recetado por el médico.

El barbero podía ser llamado en caso de que algún preso requiriera el recorte de barba, cabello, la extracción de una muela podrida o una sangría, ya que esta última no era realizada por el médico sino por el barbero o cirujano los cuales, por manipular o provocar efusión de sangre, eran considerados oficios afines.

Los intérpretes fueron actores importantes en el desarrollo de los procesos. Por un lado, los indígenas no hablaban el castellano y, a pesar de que no eran sujetos de la Inquisición y no se les procesaba, sí podían fungir como testigos o denunciar. Para ese efecto, se recurría a traductores de las distintas lenguas indígenas, principalmente náhuatl y maya. Asimismo, en los procesos llevados a cabo contra protestantes que eran extranjeros, era indispensable la mediación de un intérprete que supiera francés, alemán o flamenco.

En el caso de las mujeres que fueron aprehendidas estando embarazadas y que dieron a luz en las cárceles, se buscaban los servicios de una nodriza –por lo general mestiza o mulata– que alimentara al bebé ya que llegó a suceder que la madre no tenía leche de buena calidad como fue el caso de Teresa de Jesús, homónima de la santa. Al ver la gravedad del caso, un empleado del tribunal fue enviado a su pueblo para buscar con urgencia

a una nodriza con la cual regresó al cabo de un par de horas, el bebé sobrevivió.

Todos esos “servicios” requeridos por los presos debían ser cubiertos de su propio peculio. De manera que al terminar el proceso se elaboraba una relación de lo proporcionado en alimentos, ropa, frazadas, vajillas, rosarios o estampas con oraciones, medicinas, además de los sueldos del carcelero, el verdugo y el tablado y la carpa que se montaban para la ejecución de la sentencia, entre otros gastos. En caso de que el preso fuera esclavo, entonces su amo debía pagar los costos, si el dueño no tenía suficiente dinero para solventar la cuenta, el esclavo debía ser vendido, se liquidaba el adeudo y el sobrante de la venta, si lo había, se devolvía al dueño.

HACERSE A LA MAR PARA PODER MEDRAR

Ahora cuesta trabajo imaginar cómo transcurría el tiempo antes de la hiperconectividad actual. Los relojes no eran de uso común, tampoco los calendarios. Eran las campanadas de las iglesias las encargadas de recordar las horas de los rezos y, por tanto, las horas para laborar, comer y descansar, para festejar el triunfo de un ejército sobre el enemigo, el nacimiento de un rey o su heredero, para avisar de una muerte, para anunciar una fiesta. Eran las campanadas, una forma de comunicación que todos compartían, pues los repiques eran distintos. La liturgia era la que daba orden y estructura a la vida cotidiana.

Pero las campanadas tenían un alcance limitado, su sonido evidentemente no atraviesa los océanos. El único medio de comunicación era el correo que podía tardar semanas, meses e incluso años, en llegar a su destino. No existía otra forma de comunicarse a la distancia. Para transportar las noticias a ambos lados del océano los barcos eran indispensables. Pero las naves no podían zarpar solas, debían ir acompañadas de otros barcos para protegerse de los frecuentes ataques piratas y esperar los vientos propicios que empujaran las velas hacia su destino y evitar en la medida de lo posible los temporales y tormentas en determinadas estaciones del año. Si el capitán caía enfermo, si se divisaba una amenaza pirata, si no llegaba la autorización correspondiente, si se desataba una tormenta, la partida debía posponerse por semanas o incluso meses.

Las leyes, ordenanzas, edictos, fallos en un juicio, respuestas a una petición, sueldos, contratos, mercedes y muchos otros documentos que forzosamente viajaban en los baúles de los barcos que hacían la carrera de Indias –nombre que recibía la ruta España-América y de vuelta– podían tardar semanas en llegar a su destino, o no llegar. Se puede intuir la eficiencia y la rapidez del tribunal virreinal para atender todos los casos que pasaban por las manos de los funcionarios.

Los viajes por barco, además, implicaban un reto importante para quienes iban a cumplir algún encargo a América. Había que vencer la náusea, la mala alimentación, las raciones de agua no eran ni suficientes ni de buena calidad, además, de las condiciones insalubres e incómodas en los barcos infestados de piojos y ratas, el cambio de clima y alimentación, el calor extremo o la humedad, sin hablar del aburrimiento en un lugar confinado, a lo que hay que agregar riesgo de marejadas y temporales.

A finales de 1570 se embarcaron para Nueva España, los primeros dos inquisidores nombrados por la Corona para atender el tribunal, junto con el fiscal y el notario del secreto, quienes zarparon de Sanlúcar de Barrameda. Desembarcaron en una de las islas Canarias para esperar a una flota pues se temía la presencia de corsarios, había que viajar acompañado, un barco solitario era presa fácil de piratas y corsarios que infestaban los mares en aquel tiempo.

Se hicieron a la mar, pero de nuevo, se detuvieron en Tenerife, sin mayores contratiempos continuaron la travesía y llegaron a Cuba donde a raíz de unas calenturas murió uno de los dos inquisidores que se habían embarcado. Es que sobrevivir la travesía y llegar a tierra firme era un logro, pero no era suficiente: al desgaste físico acumulado se sumaba el calor intenso, más cambios en la alimentación, algunas enfermedades endémicas. Era común que enfrentaran deshidratación, calenturas, “hinchazón

de vientre”, problemas gastrointestinales o incluso la *modorra* o “sueño patológico” según la definición de la Real Academia Española. Era aquella enfermedad tan propia de estas tierras calurosas que sumía al paciente en un estado de intenso sopor, inmovilidad y bochorno que terminaba por arrancarle la fuerza y el último soplo de vida. Esas eran algunas de las causas de muerte entre los recién llegados a América.

En particular, Veracruz, el puerto novohispano por el que llegaba el tráfico más nutrido de pasajeros y mercaderías europeas, era considerado un lugar insalubre. Su humedad, pésimo clima, proliferación de mosquitos y alimañas obligaban a los recién llegados a huir lo más pronto posible a lugares con un clima y aires más benignos como el caso de Puebla.

Luego de la muerte del inquisidor, el otro ministro junto con los demás funcionarios, enfrentaron el último tramo de su viaje rumbo a Veracruz. Y tampoco fue fácil el barco encalló en un banco de arena y salvando los papeles del Santo Oficio –documentos muy importantes para exhibir nombramientos, atribuciones y demás– los sobrevivientes lograron pasarse a una nave pequeña y desembarcar al fin en San Juan de Ulúa en agosto de 1571. Casi un año para arribar a tierras americanas, en un viaje que usualmente duraba mes y medio.

No obstante, los obstáculos no habían quedado atrás, de hecho, las dificultades, –solo que el recién nombrado inquisidor no tenía ni idea–, apenas comenzaban. Como parte del protocolo indispensable de cualquier autoridad subordinada al representante del rey, era indispensable presentarse ante el virrey en la Ciudad de México y más que encuentros, aquello se convertía con más frecuencia de lo deseable, en desaires, malentendidos y encontronazos.

X
LO QUE MAL EMPIEZA

El virrey en turno debía establecer un recibimiento digno de su envergadura cuando algún miembro de la burocracia imperial, arribaba a tierras novohispanas, lo que en efecto sucedía desde Veracruz hasta su llegada a la Ciudad de México. Es decir que en cada pueblo o villa que las autoridades pasaran o se detuvieran a descansar, debían recibir alimentos de buena calidad y abundantes, alojamiento cómodo y un trato respetuoso conforme a su importancia. Pero aquel recibimiento acorde a su dignidad, no garantizaba que las interacciones entre los funcionarios –no solo inquisitoriales– y el virrey fueran realmente cortesés.

El virrey no era un funcionario más, una autoridad cualquiera, sino que era el *alter ego* del rey, la representación misma del monarca español en tierras americanas. Y como tal debía tratársele; pero, los inquisidores aludiendo que la suya era una labor que estaba por encima de los poderes terrenales, en tanto buscaba la defensa y permanencia de la pureza de la fe, se sentían ofendidos de no recibir un trato conforme a su dignidad e intentaron, no pocas veces, anteponerse a las decisiones de otras autoridades virreinales. Sin embargo, al igual que los inquisidores, los virreyes no se comportaron siempre de la misma manera, y los temperamentos e inclinaciones fueron variables: los hubo prudentes y comedidos, ambiciosos, corruptos, autoritarios, indiferentes o

entusiastas y celosos de su deber. Había de todo, como en la viña del Señor, pues.

Por tanto, las relaciones entre inquisidores y virreyes, arzobispos y demás autoridades novohispanas no fueron muy cordiales. De hecho, es frecuente encontrar disputas y quejas a la Corona por el proceder impropio de unos y otros. La competencia de las distintas dignidades, las atribuciones que cada quién defendía como propias, los desaires, la indiferencia y las rivalidades ocasionaron bastantes problemas ya que unos intentaban tener mayor autoridad que otros, enfrascándose en pleitos en los que se llegaba a los insultos, los jalones y hasta los golpes.

La suerte de aquel primer inquisidor en Nueva España, don Pedro de Moya y Contreras no fue la excepción. A pesar de que el virrey en turno, Martín Enríquez, ordenó, como era la costumbre, que se le hicieran las fiestas y agasajos de rigor en su traslado hacia la Ciudad de México, al momento de recibirlo en la capital lo trató con frialdad y según el airado inquisidor, incluso, con descortesía; pues mientras el virrey estaba sentado, en la sala del palacio virreinal, mantuvo al inquisidor de pie durante toda la audiencia, sin ofrecerle asiento, tratándolo como un subordinado cualquiera.

Estos conflictos que hoy podrían parecer ridículos eran frecuentes y ponían en dificultades a una sociedad como la novohispana estructurada conforme a jerarquías rígidas que debían respetarse, cuyas manifestaciones exteriores, ya fueran saludos, gestos, posturas corporales o palabras eran de vital importancia y comunicaban mensajes claros y contundentes. Las desavenencias entre los virreyes y los inquisidores fueron aumentando con el correr de los años.

Una consecuencia de las tensas relaciones entre ambas partes, fue que la lectura de los edictos de fe –fundamental para el buen funcionamiento del tribunal–, no siempre se realizaba

o no se cumplían con las condiciones adecuadas para hacerlo. Llegó a suceder que pasaran más de 5 o 10 años sin que se leyeran los edictos no solo en la Ciudad de México, sino también en otras poblaciones importantes.

¿Por qué era grave ese retraso? Porque, como se ha mencionado, la inmensa mayoría no sabía leer ni escribir, y un gran porcentaje incluso apenas conocía los rudimentos más elementales del cristianismo; por lo que era indispensable recordarle a la población cuáles eran los delitos que perseguía la Inquisición, así como conminar a denunciar cualquier actitud, pensamiento, comportamiento o incluso gesto que atentara contra la fe. Pero para realizar la ceremonia de lectura era preciso cumplir una serie de rituales, entre ellos, una procesión, la presencia del virrey y las autoridades de la ciudad y que quedara bien claro el lugar que cada uno ocupaba. Y si el edicto no se leía, difícilmente habría las denuncias esperadas.

Así durante los dos siglos y medio de existencia del tribunal novohispano, las querellas, las disputas y los desaires serán la moneda corriente. Los sueldos cada vez más escasos enviados por la Corona y retenidos por los virreyes por cualquier pretexto, se tardaban en llegar a las manos de los inquisidores que vivían agobiados por las deudas. Apenas cinco años después de fundado el tribunal novohispano, un funcionario abandonó el empleo y regresó a España, desilusionado por las escasas ganancias; el sueño largamente acariciado de enriquecerse a manos llenas y con facilidad no se había cumplido.

Los altercados no siempre se daban por causas externas, entre los miembros del tribunal ya fueran notarios, fiscales o inquisidores, se suscitaron odios y rivalidades, en casos extremos llegaron a los puñetazos y amenazas de muerte entre unos y otros, comportamiento indigno de sus cargos. Por ejemplo, el fiscal Soto Guzmán se lamentaba de que el resto de sus colegas

lo humillaban y se burlaban de él por su escasa fortuna. En alguna ocasión el inquisidor Sáenz de Mañozca, caminaba por los pasillos del edificio inquisitorial con suma cautela, temeroso de que Gabiola, el notario quien le aborrecía, escondido atrás de una puerta o rincón lo atacara con una daga para herirlo o darle muerte. Desde España, el Consejo de la Suprema Inquisición, la máxima autoridad en esta materia, recomendaba moderación a dichos funcionarios, pero la discordia y los conflictos continuaron.

De lo que no hubo queja al menos en un principio, fue del bello edificio que se construyó expresamente para el tribunal, el cual todavía hoy se ubica a un costado del templo y convento de Santo Domingo en el Centro Histórico de la Ciudad de México. La edificación tenía sala de audiencia, cámara del secreto, capilla, sala de juzgado, aposentos para dos inquisidores, alcalde y portero; sí los funcionarios vivían ahí mismo. En cuanto a los calabozos que eran veinte, en octubre de 1571, los primeros meses de funcionamiento del tribunal, había doce de ellos ocupados. Pero esos calabozos duraron poco tiempo en buen estado.

XI CON LOS INDIOS, NO

Como se ha dicho, en la primera mitad del siglo XVI, el arzobispo fray Juan de Zumárraga cabeza de la inquisición episcopal, –cabe recordar que, en ausencia de un tribunal establecido, era competencia de los obispos vigilar la ortodoxia de la fe– condenó a morir en la hoguera al cacique texcocano, don Carlos Ometochtzin, nieto de Nezahualcóyotl, por hereje dogmatista. La sociedad virreinal no vio con buenos ojos la desmesura de la sentencia. Tanto los caciques como diversas autoridades civiles y religiosas elevaron airadas protestas al rey, alegando que no podía aplicarse tanto rigor a los nativos cuando solo tenían escasos 20 años de conocer la fe cristiana.

La Corona emitió una reprensión al arzobispo y advirtió que en lo sucesivo quedaba terminantemente prohibido que el Santo Oficio persiguiera a los indios por delitos de fe. Pero, como el avance del mestizaje fue inexorable, es posible encontrar mestizos perseguidos por el Santo Oficio que alegaban ser indios y haber nacido y vivido toda su vida en tal o cual pueblo. Y en efecto, su apariencia lo confirmaba, –su forma de hablar, de vestir, su lugar de origen– aunque su proceder rijo, alborotador o sospechoso lo desmintiera. Buscaban eludir el castigo a toda costa y se escondían en los pueblos de alguno de sus progenitores que fuera indígena para tratar de escapar a la justicia inquisitorial. Algunos lo lograron; otros, no.

Así, contrario a lo que se piensa, los indios como vasallos de la Corona española fueron protegidos a través privilegios y exenciones a los que otros grupos sociales no accedieron. Algunos años después de la reprensión a Zumárraga, en una política sostenida de protección a la población nativa que se había reducido de forma drástica, la Corona prohíbe definitivamente la esclavitud de los indios. Salvo los belicosos chichimecas o indios de frontera que serán un constante descalabro para las poblaciones del norte virreinal.

No obstante, la esclavitud no cesaría, y para subsanar esa pérdida de mano de obra y la imposibilidad de sujetar a los indígenas a la esclavitud, serían traídos miles de negros y con sus descendientes, producto de la mezcla con otros grupos sociales, ocuparían el último peldaño de la escala social, sin embargo, jugarían un papel fundamental en el entramado de relaciones, conflictos y complicidades del mundo virreinal.

Pese a la persecución en contra de judíos y musulmanes, desde los decretos de expulsión de los Reyes Católicos, durante siglos, los españoles se habían habituado a convivir con otros grupos de población. Esto facilitó que las posesiones españolas en América fueran un mosaico donde era posible el mestizaje que incluyó a negros y chinos, a diferencia de lo que ocurrió en el fenómeno anglosajón.

Los negros, por sugerencia de fray Bartolomé de Las Casas, acérrimo defensor de los indios, fueron traídos de África a principios del siglo XVI para subsanar la pérdida de mano de obra indígena tanto en las Antillas como en Nueva España. La estrepitosa caída demográfica de la población nativa no se debió a una voluntad de exterminio de los españoles –hubiera sido una insensatez aniquilar a la fuerza de trabajo, sostén de la producción– sino que fue provocada por las enfermedades traídas de Europa para las que no tenían anticuerpos, como la viruela, el sarampión, la disentería; pero también a los trabajos forzados y a la desarticulación de las formas de vida anteriores a la conquista, entre otras razones que van más allá de este texto.

Los esclavos eran traídos desde Sevilla o desde las costas de África, –capturados y vendidos, por otras tribus rivales, a los portugueses– se desempeñaban principalmente como

empleados domésticos: cocheros, mayordomos, criados, capataces, nanas, nodrizas o cocineras.

Con excepción de las plantaciones de caña en Veracruz y el actual estado de Morelos, la esclavitud fue mayormente urbana, no de plantación como en el caso de Estados Unidos. Aunque también laboraban en las minas, el trabajo en el socavón para la extracción de minerales era llevado a cabo por los indígenas ya que los negros no resistían los cambios bruscos de temperatura en el descenso y morían.

En cambio, los negros y mulatos eran vaqueros ya que sí dominaban al ganado vacuno; animales con los que estaban familiarizados. Los indios, al contrario, no los conocían antes de la llegada de los españoles, por lo que eran frecuentes las disputas pues las vacas invadían sus cultivos y se comían el maíz tierno. Esa fue una de entre muchas otras quejas que los indios presentaban ante las autoridades virreinales y aun a la Corona.

Asimismo, los negros sabían montar a caballo habilidad necesaria para las tareas en el campo con el ganado, pero esta práctica estaba vedada a los indígenas, por un asunto de seguridad: en caso de rebelarse, los caballos les hubieran permitido una movilidad rápida y eficaz.

Las autoridades, en particular, en la Ciudad de México, prohibieron que los indígenas vivieran mezclados con los españoles. La legislación establecía la separación de ambos grupos y ordenaba a los indígenas vivir en sus barrios para que no sufrieran los abusos de los españoles ni adoptaran sus vicios. Considerados débiles, frágiles e incluso miserables, categoría jurídica utilizada desde la Edad Media que no era un insulto, simplemente designaba a aquellos necesitados de amparo, a la población más desprotegida como las viudas o los huérfanos.

Como en la cuestión de los caballos, se estableció esa separación por seguridad. Poco después de la Conquista no hubiera

sido prudente que los indios compartieran la casa con los españoles. La población indígena superaba con creces a los europeos y el humo de los incendios en las ruinas de Tenochtitlán apenas se había disipado. De ahí también que, durante el siglo XVI, las construcciones adoptaran la forma arquitectónica de fortalezas almenadas. No se tenía la certeza de que los indios no intentaran una rebelión. Pero conforme fueron avanzando los siglos el temperamento de los nativos se reveló como dócil y obediente, aun así, la pretendida separación, al menos en la legislación, subsistió.

Los negros en cambio, debían vivir en las ciudades, en la casa de sus propietarios, con frecuencia en la habitación de sus amos, en un petate en el suelo, también porque no había otra forma de acomodo. Tenían prohibido vivir en los pueblos de indios al igual que los españoles, por un lado, para evitar que se aliaran; por el otro, para proteger a los indios que eran vasallos del rey y en una ambigüedad que siempre cruzó la legislación virreinal, para tenerlos bajo estrecha vigilancia; pero también como aliados en los trasuntos cotidianos.

Los españoles, conscientes del peligro que suponía una posible alianza entre indios y negros, trataron de evitar la armonía y la convivencia entre ambos grupos. Durante los dos primeros siglos del período virreinal, los indios se quejaban de los malos tratos a los que los negros y mulatos los sometían: les robaban las mercancías, —leña, carbón, frutas o legumbres— atajándolos en el camino a la Ciudad de México; cuando se dirigían a vender en los mercados, los golpeaban, los amenazaban. Con frecuencia, los negros, al amparo del poder de sus amos quienes según las autoridades los protegían de cualquier castigo, perpetraban dichos ilícitos a sabiendas de que no recibirían castigo alguno o porque simplemente no tenían más opción que obedecer órdenes.

La convivencia, los intercambios, las rencillas, pero también el surgimiento de vínculos afectivos de cariño, lealtad o amor entre todos los grupos que habitaban Nueva España fue inevitable y la cohabitación también. El mestizaje dará cuenta de ello.

A diferencia de los indígenas que no eran sujetos de Inquisición por ser neófitos, los negros, mulatos, españoles, mestizos y demás castas sí debían rendir cuentas ante el tribunal en caso de cometer alguna falta contra la ortodoxia católica. No todos los presos en la Inquisición eran españoles o extranjeros. Los esclavos, negros y mulatos también tuvieron una participación en la dinámica inquisitorial ya fuera como acusados, testigos, compañía, mensajeros o incluso bienes confiscados. Porque en su calidad de esclavos y, por tanto, de propiedad, podían ser confiscados al igual que las joyas, muebles, caballos, casas o cualquier objeto, pero al mismo tiempo no se les podía mantener presos todo el tiempo si no habían cometido ilícito alguno.

Esta situación propició que con frecuencia los criados entraran y salieran de las cárceles llevando recados escondidos para sus amos, comida especial que les mandaban de sus casas o hacían mandados para sus expropietarios, violentando por supuesto la parte medular del proceso inquisitorial que era la secrecía. Los chiflidos, ruidos, entradas y salidas sorprendían a los vecinos quienes intrigados se preguntaban qué pasaría en las cárceles inquisitoriales que provocaban tal ajetreo y movimiento de personas.

MATAR EL TIEMPO, MITIGAR EL HAMBRE

Por qué? ¿Quién hizo la acusación y cuándo? ¿Cuál sería la falta que había cometido? Esas preguntas atormentaban a los presos que habitaron en algún momento las oscuras celdas del Santo Oficio carcomidos por la duda, el miedo, la zozobra o la ira. Ya fueran personajes encumbrados de la sociedad virreinal, comerciantes, esclavos, piratas, herejes, judaizantes, blasfemos y bígamos, solicitantes, alumbradas o falsas beatas, los infelices reos recluidos durante años eran presa también del aburrimiento, de la añoranza, del arrepentimiento quizá. Recorrían su memoria, tal y como lo exigían los inquisidores una y otra vez. Un examen profundo de conciencia, de los propios comportamientos, de los pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión. Era necesario recordar, ¿Qué gesto, palabra, actitud, podía haber suscitado la denuncia? Pasar las horas en la celda devanándose los sesos, rumiando la propia desdicha, maldiciendo secretamente al delator que tal vez, después de un interrogatorio, al atar cabos podía intuirse quién era.

Podían pasar días, meses o años para que el acusado pudiera conocer los delitos que se le imputaban. Hubo quienes en un arrebato desesperado se quitaron la vida, como el portugués Blas de Magallanes quien deshizo sus ropas y se colgó de los barrotes de una ventana o el brillante médico Esteban Morel, precursor de la vacuna contra la viruela, quien se degolló con

las tijeras de despabilar las velas. Otros morían esperando la sentencia o la libertad.

Algunos presos, ansiosos por acortar aquellas horas eternas que se escurrían con lentitud, solicitaban papel y pluma para elaborar su defensa en caso de saber escribir y conocer los vericuetos de las leyes y la teología; otros de menores pretensiones consiguieron hilos de colores y aguja para bordar algún adorno. Rafaela Enríquez solicitó atole para almidonar los cuellos de un vecino de celda. Teresa de Jesús, presa bajo la acusación de ser pseudoiluminada, fue aprehendida estando embarazada y dio a luz en las cárceles; sin embargo, la leche de Teresa era “gatuna”, de mala calidad y años después sabemos que la criatura sobrevivió amamantada por una nodriza, y creció ya que su madre pidió una cartilla para enseñar a leer al niño, pues la que tenía se la habían comido las ratas. No todos los presos eran iguales, ni recibían el mismo trato. Otra mujer que también dio a luz en la cárcel pudo ser atendida por su esclava mulata que la ayudaba con el bebé y le hacía compañía.

Quienes tenían dinero podían solicitar una celda con un pequeño ventanuco por el que se filtrara un tenue rayo de luz, también podían recibir diariamente comida preparada en sus casas, o pagar por mayores raciones de comida. Otros no tan afortunados, como los esclavos o artesanos pobres, debían consumir los alimentos que en las cocinas inquisitoriales preparaban negras, mulatas y mestizas que no era, al parecer de los coetáneos, de mala calidad ni escasa. Por lo general, la comida diaria consistía en un jarro de atole, una hogaza de pan o tortillas, un plato de frijoles y una ración de casi medio kilo de carne de res guisada con chile y tomate. También se consumían chocolate, frutas, miel prieta (piloncillo), conservas y ates o cajetas y pescado en cuaresma. Cabe destacar que la carne de res no era un lujo, era la más barata de toda la variedad cárnica que se consumía en la época.

XIV
DELITOS RELIGIOSOS MENORES:
BLASFEMIA Y BIGAMIA

La Inquisición, que había estado a cargo del arzobispo en los primeros años de la naciente Nueva España en 1571 dio paso al tribunal en forma con la llegada de Pedro Moya de Contreras quien se apresuró a leer el edicto de gracia para promover las denuncias y acusaciones, pero en lugar de otorgar los 30 días que señalaban las instrucciones, dio solamente seis. Los novohispanos de diversas procedencias, españoles, mestizos, negros, mulatos e indios se apresuraron a acudir al tribunal para denunciar todo tipo de comportamientos que creyeron peligrosos o desviados.

El inquisidor también dio la orden de que quienes tuviesen librerías o bibliotecas hiciesen un catálogo de las mismas para detectar la existencia de cualquier texto, copla, libro o cuadernillo que fuera sospechoso.

A los seis meses de establecerse el tribunal ya había 39 procesados cuyos delitos iban desde la blasfemia a la bigamia y hasta la herejía. La blasfemia consistía en proferir palabras malsonantes o dichos contra los miembros del tribunal como un marinero que aseguraba que “no era pecado mortal tener cuenta carnal con una mujer”, o un flamenco quien aseguraba que “teniendo un libro de los Evangelios no era necesario ir a misa”. Otros dichos hoy parecerán más bien inocuos: “Adán no pecó por la manzana, sino por la lujuria”, “voto a Dios que no he de sembrar

por no diezmar” o “Dios no me quiere ayudar, el diablo me ha de llevar”, algunos decían en tono de broma “que los ángeles y querubines deben comerse asados”. Aunque la blasfemia aparezca actualmente como un montón de palabras inofensivas, en realidad se le consideraba a un paso de los dichos heréticos, por lo tanto, era indispensable frenarla y castigarla. De nuevo, las penas variaban en función no solo del acusado, sino del juez en turno e iban desde remar en las galeras, el destierro, algunos años de cárcel, oír misa en hábito de penitente, las multas y los azotes, pero nunca se castigó con la hoguera.

Parece que la actuación del Santo Oficio para extirpar la blasfemia fue bastante exitosa pues en México es infrecuente este tipo de expresiones, es más independientemente de si se es creyente o ateo, no se hacen alusiones despectivas en términos religiosos. En cambio, en España es común escuchar blasfemias que son de uso común como “me cago en la hostia”.

Una forma mitigada de blasfemia, era el reniego que consistía en decir “reniego de Dios y de todos sus santos”, o “reniego de la Virgen y de todos sus santos”, dicha fórmula fue empleada con mayor frecuencia por los esclavos para eludir el castigo corporal. Es, por ejemplo, el caso de la esclava María quien reprendida por su ama por la desaparición de un zapato fue golpeada con un “azote” o látigo para que confesara dónde estaba el objeto perdido, cuando los golpes se hicieron insoportables, María profirió las funestas palabras. En ese momento, el amo debía detener el castigo corporal de lo contrario inducía a la esclava a proferir palabras malsonantes o incluso a blasfemar. Efectivamente, el castigo se detenía, pero después vendría la denuncia ante el Santo Oficio y el castigo correspondiente que en el caso de los criados y esclavos era la pena de azotes.

Llegaron a presentarse casos de criados que acudían a denunciar a sus amos por malos tratos, con la esperanza que cayeran

en las garras de la Inquisición; pero si los castigos excesivos de los amos no venían acompañados de algún dicho contra la fe católica o algún comportamiento heterodoxo digno de alarma, los inquisidores se limitaban a tomar nota de la denuncia y a archivarla por si en un futuro pudiese servir de antecedente.

Durante los tres siglos de operación del tribunal, la bigamia y la poligamia también fueron delitos frecuentes. Delitos que atentaban contra el sacramento del matrimonio. Los españoles que cruzaban el mar para encontrar mejor fortuna, “olvidaban” a sus esposas en el terruño y después de algún tiempo volvían a casarse. Ya fuera que las esposas abandonadas, cansadas y recelosas de enviar cartas sin obtener respuesta, o recibir muchas en las que el cónyuge les daba largas o ponía pretextos para no traerlas a vivir con él, se embarcaban para alcánzar al huido: marido encontrándose con la sorpresa de que aquel ya había hecho una nueva familia. También podía suceder que algún conocido del infractor o de la agraviada o agraviado señalara que “le habían dicho” o que “se sabía” allende el mar, en el pueblo que tal o cual era casado desde hacía muchos años, ya fuera en España, en Cuba, en Lima o en algún lugar remoto de la Nueva España.

Era un delito que los hombres cometían con mayor frecuencia, no obstante, es posible encontrar casos de mujeres que se casaban hasta dos o tres veces. No se trataba de un delito exclusivo de un determinado grupo social. En él incurrieron mestizos, mulatos, españolas. Es posible encontrar mestizos o mulatos que en pos de la fortuna o de un intento de medrar sus condiciones materiales o simplemente por desavenencias con la esposa, cambiaban de lugar de residencia y después de algunos meses de soledad, y dicen que la distancia es el olvido, encontraban una nueva compañera con quien compartir la cama y la mesa como se decía en aquel tiempo.

Descubierto el infractor y denunciado, la Inquisición conducía la averiguación y se encargaba entonces de aplicar el castigo, por lo general la aplicación de 50 a 400 azotes –el promedio era de 200–, seis meses de destierro del lugar en el que habitaban, además de que el infractor debía dejar a la segunda mujer y/o a la tercera y volver con la primera. En su descargo, el acusado casi siempre alegaba que creía muerta a la esposa porque nadie le dio razón, o porque nunca le llegaron las cartas enviadas por ella y pensó que había fallecido.

JUDÍO QUE COME TOCINO Y JAMÓN, TORNASE CRISTIANO SIN DILACIÓN

Había ciertos indicios que permitían a los cristianos detectar o al menos, sospechar que alguien tenía prácticas judaicas tales como “guardar los sábados” como vestirse con camisas limpias y elegantes, cambiar las sábanas, no prender fuego para cocinar ese día. Otras prácticas eran desangrar la carne sumergiéndola en agua, ayunar en el día del Perdón, no comer carne y andar descalzos, cortarse las uñas y las puntas del cabello.

En los días de Pascua, los judíos comenzaban la comida con apio, lechuga y otras verduras. Los productos de las tierras novohispanas, facilitaban los ayunos: las calabazas, el camote, el chayote, las tortillas, los pescados blancos de la laguna. Cuando alguno moría lavaban el cadáver, lo rasuraban y lo vestían con ropas limpias, colocaban una moneda en el trasero para no ser descubiertos y una jarra de agua limpia y un paño para que el alma pudiera lavarse y durante el duelo se sentaban en el suelo y solo comían pescado y aceitunas.

Para poder realizar sus rituales sin la indiscreta y peligrosa mirada de ajenos, las mujeres preferían despedir a la servidumbre curiosa que quizá no entendía demasiado de aquellos ritos, pero que en algo llamaría su atención la animadversión por la carne de cerdo, alimento muy popular en la época y cuyo consumo denotaba la proveniencia de una estirpe sin mancha, así que era mejor prevenirse. Quizá no comprendían del todo

aquellas prácticas; pero hubo el caso de esclavos que horrorizados observaban en medio de la noche y a escondidas como sus amos arrastraban por los cabellos y azotaban un Cristo, con lo que se apresurarían a denunciarlos al Santo Oficio

También había pequeños gestos de resistencia que podían levantar sospechas entre vecinos entrometidos o esclavos demasiado observadores, como hacer el tocino de lado en algún guisado, lavarse las manos o el rostro con demasiada frecuencia, y con más peligro de ser observado en el espacio público, no acudir o llegar tarde a misa para no escuchar el sermón, cerrar los ojos, hacer señas obscenas a la hostia bajo el manto o voltear el rostro al momento de la consagración en gesto de desprecio.

A pesar de la prohibición de que judíos y musulmanes se embarcaran a tierras americanas, el cumplimiento de la ley encontró siempre resquicios en los que el soborno, la necesidad, el compadrazgo o la astucia jugaron a favor de aquellos que soñaron que el océano pondría cómoda distancia con sus perseguidores. Ya el tiempo les mostraría cuán equivocados estaban.

Luis Carvajal “el Viejo”, así se distingue de su sobrino del mismo apellido, llamado Luis “el Mozo”, descendiente de familia de judíos conversos, experimentado marino y hombre de empresa, arriesgado, valiente y astuto, fue designado por la Corona para poblar las tierras del desolado e inhóspito norte de la Nueva España, territorio de frontera siempre acechado por los ataques de los feroces chichimecas. Así, fue nombrado gobernador de Nuevo Reino de León con amplios poderes que después entrarían en conflicto con el virrey ocasionando su ruina.

Junto con ese nombramiento y las mercedes de tierras que se le otorgaron, Carvajal obtuvo el permiso de traer a 100 hombres, casados o solteros para poblar aquel reino en el norte que era casi la tercera parte del territorio novohispano. Recorrió aquellas desoladas llanuras con carretas y mulas, pacificó a los pueblos

belicosos y fundó ciudades, villas y pueblos, acompañado de criados, esclavos, mujeres y niños, siempre buscando oro y plata.

Las familias que lo acompañaban estaban exentas de presentar certificados de limpieza de sangre, de manera que con el gobernador arribó a Nueva España una extensa parentela que seguía practicando el judaísmo en secreto. Aunque Carvajal “el Viejo” no había traicionado el cristianismo que practicaba con sinceridad, permitió que sus allegados persistieran en conservar la “ley de Moisés”, sin delatarlos a las autoridades, lo cual no necesariamente indica que aceptara dicha heterodoxia.

De hecho, el gobernador que se había casado en España con doña Guiomar Rivera. Después de un par de años de vivir en Sevilla, había abandonado a su esposa probablemente por agrias disputas pues ella se negó a renunciar al judaísmo y a acompañarlo en la aventura a las Indias Occidentales. No tuvieron descendencia, así que la única familia que le quedaba al gobernador era su hermana Francisca, su cuñado Francisco Rodríguez de Matos y los nueve hijos de ambos: Isabel, Catalina, Mariana, Leonor, Luis “el Mozo”, Baltasar, Gaspar; los más pequeños, Miguelico y Anica. Aunque vivieron años en aquella provincia desierta e inhóspita, ésta no les agradaba a los Carvajal.

Más adelante, se concertaron sendos matrimonios para Catalina y Leonor en ausencia y sin la autorización del gobernador; a quien correspondía por su jerarquía tal decisión o al menos, la notificación de la misma. Esto originó un severo disgusto entre el Viejo y el resto de su familia, agravado por el posterior éxodo de la parentela que se marchó a vivir a la Ciudad de México dejando para siempre la aburrida provincia de Pánuco y al gobernador que los había cobijado. La fractura fue irreparable.

Después de algún tiempo, las relaciones entre el Viejo y su hermana Francisca se habían roto y su cuñado Rodríguez de Matos había muerto. Tuvo desavenencias con sus sobrinos Luis

y Baltasar, a quienes Carvajal llamaba traidores, ladrones e indignos de confianza; además, Luis “el Mozo” se comportó de manera violenta en un enfrentamiento con los indios a los que castigó de forma desmedida en ausencia de su tío y no tardaría en alcanzar a su madre y hermanos en su marcha a la capital. Todo esto se sumaba a los matrimonios de las sobrinas Catalina y Leonor con judaizantes portugueses realizadas, como se dijo, sin el conocimiento ni la anuencia del gobernador. Así se terminó de dispersar la familia que solo se reuniría después para atestiguar su propia ruina.

El excesivo poder otorgado por la Corona española a Luis “el Viejo” abonó también en su desgracia. Se había enemistado con el virrey en turno, el conde de la Coruña, por problemas de potestad y gobierno y de los linderos de las tierras de cada uno. El territorio asignado a Luis era inmenso, pues comprendía 200 leguas de longitud por 200 de latitud.

En abril de 1589, fue denunciado, apresado y llevado con cadenas a la cárcel. Un trato indigno y por demás humillante para una persona de su estrato social, quien después de todo había sido uno de los hombres más ricos y poderosos de Nueva España.

El conde de la Coruña había indagado sobre los orígenes judíos de Carvajal. Posteriormente, su sobrina Isabel fue acusada de judaizante por cierta charla sobre algunas cuestiones religiosas que sostuvo con Felipe Núñez un subalterno de Carvajal. Y pese a que Núñez aseguró que su relación con Carvajal era añeja y que incluso le tenía aprecio, que no había odio ni rencor en su denuncia, al parecer fue coaccionado por su confesor –adepto al virrey– para denunciar a Isabel, bajo la amenaza de no recibir la absolución de sus pecados si no acudía al comisario inquisitorial o al tribunal directamente.

Detenida Isabel, y trasladado el gobernador a las cárceles inquisitoriales, las denuncias no se hicieron esperar y resultaron

implicadas decenas de personas, entre ellas la hermana y sobrinos de Luis “el Viejo”. Al exgobernador no se le acusaba de practicar el judaísmo sino de abstenerse de denunciar los crímenes de sus familiares, de ser cómplice y encubridor. Incluso se descubrió que su esposa quien se negó a dejar España, era judía y que había encargado a Isabel, su sobrina política, que intentara convertir a Carvajal al judaísmo.

Como Carvajal no tenía descendencia, los funcionarios pensaron que habría una buena fortuna que confiscar; pero para gran desilusión de los apurados inquisidores, siempre ávidos de coleccionar algún bien para su manutención, cuando los alguaciles apresaron a Carvajal tan solo llevaba 3 reales en la bolsa y no había mucho más que repartir, o al menos eso declararon.

Alertados por el encarcelamiento de su hermana Isabel y de su tío el gobernador, Luis “el Mozo” y Baltasar, se apresuraron para cobrar deudas y finiquitar negocios en distintos pueblos y villas para evitar su eventual confiscación y tener medios para escapar. Planeaban huir a Italia, en donde había tolerancia de culto en algunas regiones. Sin embargo, Luis no correría con suerte. Fue aprehendido en casa de su madre que también fue apresada, aunque en distintos lugares de la casa de forma que no conocieran uno el destino del otro.

En cambio, Baltasar y Miguelico, el hermano pequeño, que tendría unos 13 años, escaparon, y al amparo de su cuñado, Jorge Almeida vivieron escondidos casi un año. Huyeron a Italia, donde recuperaron sus nombres judíos, llamándose David y Abraham Lumbroso. Enviaron cartas con seudónimos a sus hermanos con la esperanza de poder ayudarlos a huir en algún momento hacia Pisa donde se establecieron. Pero eran vanas esperanzas; nunca más volvieron a ver al resto de su familia.

Además de Luis “el Viejo”, Isabel, Luis “el Mozo” y doña Francisca, fue aprehendido fray Gaspar quien pertenecía a la

orden de los dominicos. Era frecuente que entre los criptojudíos algún familiar se ordenara sacerdote, lo cual era una especie de protección que despejaba las posibles sospechas sobre la auténtica devoción y religiosidad cristiana de los judaizantes.

Era usual que los individuos hicieran alusión a los méritos propios y de sus antepasados en servicio de la Corona española, ya fuera para obtener alguna merced o para recibir clemencia en caso de cometer alguna infracción. En su defensa, Carvajal declaró que él mismo había ayudado en la captura de los hombres del pirata Hawkins, procesados por el Santo Oficio años atrás y aseguró que, aunque los habitantes de Tampico presos del pánico habían intentado huir, él los arengó con valentía para derrotar a los invasores, mató a varios y envió a los capturados a las autoridades.

Declaraba también haber gastado una fortuna en pacificar aquellas tierras llenas de indios belicosos, a quienes sometió y le obedecían sin chistar, fomentó la cría de ganado, fundó haciendas y trabajó minas; pero de nada valieron sus palabras, fue encontrado culpable y reconciliado.

Después de ser interrogadas por separado, doña Francisca e Isabel aceptaron que practicaban la religión judía desde años atrás gracias a las meticulosas enseñanzas de un médico, el licenciado Morales, que había llegado de España con ellas; pero que también habían sido adoctrinadas por sus esposos ya fallecidos.

A pesar de las súplicas, el llanto desesperado, los gritos y la vergüenza, madre e hija fueron, por separado, despojadas de sus ropas y sometidas al tormento del potro para intentar extraer la verdad que ocultaban, pero ambas mujeres ya habían denunciado todo lo que sabían. En sus declaraciones acusaron a sus cónyuges de haberles enseñado la ley de Moisés, pues no obstante aquellos hubieran fallecido se les abriría proceso en

contra y si eran encontrados culpables se les aplicaría el castigo en estatua o efigie. También acusaron, respectivamente, a sus hijas y hermanas. Así fueron aprehendidas, aunque en diferentes lugares y fechas, Catalina, Leonor y Mariana, las hermanas de Isabel. Anica la más pequeña de los Carvajal, que tendría unos 11 años, se salvó por ser de corta edad.

Destaca el caso de Mariana quien presentaba cambios bruscos de estado de ánimo, de pronto se quedaba muda y quieta o gritaba desaforadamente, despotricaba contra su madre y fue quien proporcionó los detalles más minuciosos de prácticas, rituales y oraciones conservadas por ella y su familia.

Asimismo, los Carvajales denunciaron a una gran cantidad de parientes y amigos con quienes en secreto habían compartido oraciones, fiestas, pascuas y ayunos.

La sentencia dictada contra Carvajal “el Viejo” en los graves delitos de ser cómplice y encubridor de judíos herejes y aun de ser también él mismo judaizante y hereje –aunque no existían pruebas fehacientes en su contra– fue la de destierro por seis años, además de la abjuración pública y escuchar su sentencia como penitente con vela en la mano. Los consultores del Santo Oficio recomendaron menos rigor en la aplicación de la sentencia: que el castigo no fuese público, que el tiempo de destierro se redujera a solo cuatro años, no tan lejos de sus tierras y que no se le acusara de judaizante sino solo de cómplice y encubridor. Pero los inquisidores se mantuvieron inamovibles. Al final, no pudo cumplir su condena por completo y solo escuchó su sentencia públicamente en el auto de fe; pero no fue desterrado, ya que murió al poco tiempo en la cárcel inquisitorial. Tenía 52 años y los dos últimos de su vida los había pasado encerrado en un calabozo.

Por su parte, a Carvajal “el Mozo” se mostró profundamente arrepentido y de rodillas entre lágrimas y sollozos, pidió perdón

y clemencia. Se le sentenció a escuchar en público su sentencia vestido con el sambenito, a abjurar de sus delitos y a vivir en prisión perpetua con la obligación de portar el sambenito –prenda de tela burda con cruces rojas que marcaba la infamia de quien lo portaba– encima de sus ropas. Se le asignó el hospital de los convalecientes o San Hipólito casi a las afueras de la Ciudad de México para cumplir la condena de reclusión.

En cuanto a doña Francisca su madre, e Isabel, recibieron la misma condena que el Mozo además del ayuno a pan y agua los domingos y días de fiesta, a Leonor y a Catalina se les condenó a usar el sambenito y a cárcel durante un año, mientras que Mariana recibió la misma pena, sin embargo, debía cumplirla por un plazo de dos años.

Otros culpables en el delito de judaizantes, recibieron azotes, multas, destierro y confiscación de bienes, aunque ninguno fue condenado a la hoguera en ese auto de fe.

Cuando la pena se cumplía, el sambenito se colgaba en una pared interior de la catedral para memoria, escarnio y ejemplo de los fieles. Si con el correr de los años, la tela quedaba roída o inservible se sustituía por un cartel en el que se pusiera el nombre y los delitos cometidos para preservar la memoria ignominiosa de los culpables.

La sentencia para fray Gaspar fue distinta. Los sacerdotes no recibían castigo en público ya que eran figuras de autoridad y debía evitarse a toda costa la imagen del desprestigio entre los fieles. Así, se le mandó reprender en privado, en la sala de audiencias del Santo Oficio, se le suspendió 6 meses de la orden y se le dio como cárcel su convento, no tendría derecho a voto y recibiría el último lugar en el refectorio y el coro.

En esa ocasión no hubo condenados a la hoguera salvo Rodríguez de Matos, el cuñado de Carvajal, en estatua pues ya había fallecido. En suma, las penas para los involucrados

resultaron en multas, destierro, abjuración pública y el uso obligatorio del sambenito.

Pero “el Mozo” no estaba hecho para servir y mucho menos a un sacerdote pues con toda seguridad aborrecía en el fondo de su corazón a los religiosos. Además, San Hipólito era un lugar desolador, ahí iban a dar los menesterosos, los pordioseros, los ancianos e inválidos, los locos furiosos, los lunáticos, los “mentecaptos” y en general cualquier hombre que padeciera de sus facultades mentales. Era el primer hospital para dementes de América.

“El Mozo”, hombre carismático, persuasivo y elocuente, de una fe inquebrantable y de espíritu mesiánico, a pesar de ser reconciliado y abjurar de sus pecados en aquel escandaloso proceso de 1591, persistiría en sus creencias con consecuencias funestas para él y su familia. “El Mozo” consiguió que le permitieran continuar su condena en el convento de Santiago de Tlatelolco, lo que le permitió acceder a escondidas a la biblioteca del mismo, al amparo de un religioso que ignoraba sus andanzas y, lo más importante, a estar cerca de su madre y sus hermanas a quienes convenció de persistir en la fe judía.

Con el pasar del tiempo, su disciplina e inteligencia le granjearon la confianza del guardián del convento, lo cual le dio una mayor libertad de movimiento.

Dedicó varios meses a reunir dinero para pagar un permiso y retirar los sambenitos infamantes colgados en la catedral, que se les habían impuesto a su madre y sus hermanas en el auto de fe. Al mismo tiempo, apoyado por otros judaizantes gestionaba que en la Suprema de España se les “levantara” la deshonor a sus familiares. Viajaba a Pachuca, Taxco y otras ciudades y se posicionó como el líder indiscutible de la comunidad criptojudía novohispana.

En la parte baja de su casa tenía imágenes de santos y de la Virgen, pero en sus aposentos privados en los que se reunía con

diversas personas a discutir y a orar se negaba a reconocer a Cristo, la cruz, a la Virgen y a los santos.

Así vivieron varios meses, pero el proselitismo irrefrenable de Carvajal, su fe inquebrantable y el estudio apasionado de los textos de los antiguos patriarcas lo llevó a olvidar la prudencia y el sigilo; no faltó la vecina chismosa, la solterona resentida, el indiscreto, quienes presas del morbo, sospechaban y hacían visitas frecuentes para indagar con fingida inocencia, los pasos de aquella familia.

Carvajal fue aprehendido por sospecha de reincidencia y encarcelado durante poco más de dos años. Incapaz de soportar el tormento del potro al que fue sometido, denunció a 115 personas, entre ellas familiares y amigos.

Fueron tantos los detenidos en aquella ocasión que las cárceles estaban abarrotadas. El estado de los calabozos era ruinoso por la humedad, las lluvias y la falta de mantenimiento. Los inquisidores tuvieron que rentar unas casas adyacentes para acomodar a los presos en ellas. No era posible mantener el secreto que convenía al proceso por una razón de espacio, ya que, contra lo estipulado, había familias enteras encarceladas juntas.

Para quienes estaban solos o se negaban a confesar, se asignaron compañeros de celda. Dichos compañeros fungían como espías y soplones, también conocidos como malsines. La práctica de colocar espías era recomendada en los procesos inquisitoriales para indagar más a fondo y extraer hasta los más mínimos detalles sobre los crímenes perpetrados. Haciéndose pasar por confidentes y amigos de los reos, contaban sus desgracias ya fueran reales o aderezadas con hazañas fantasiosas para generar confianza en el afligido compañero. Los malsines averiguaban toda la información posible, impulsados por la esperanza de librarse del castigo o de mitigar la dureza del mismo, para ganarse el favor de los inquisidores o una promesa de libertad sin

escarmiento que los ministros nunca hacían abiertamente. Los inquisidores, conscientes de la también precaria situación del soplón, aprovecharon la ambigüedad en torno al anhelado perdón para indagar todos los detalles posibles que hundirían aún más en la culpabilidad a su compañero de celda.

Así, los inquisidores, alertados sobre las imprudentes confesiones de los incautos presos, en especial de Carvajal, bajaban a los calabozos después de la hora de cenar, en la madrugada, con los pies envueltos en lana para no hacer ruido al caminar. Escondidos tras una pared a la luz de una vela, con el notario cargado de papel, tinta, plumillas y algodones, recababan todos los detalles posibles: nombres, lugares, prácticas, apodos, expresiones, quejas o dichos contra el personal del Santo Oficio. Todo sumaba.

Luis “el Mozo”, cambió su nombre, –por el que sería conocido a partir de ese momento–, al de José Lumbroso, después de un sueño revelador en el que le era vertido aceite en un oído, y que interpretó como una señal de ser “alumbrado” por la luz divina. Un día, Lumbroso contó a Luis Díaz, su compañero de celda, cómo tenía escondido un librito de salmos escrito de su puño y letra en el forro de su sombrero, el cual pasó desapercibido para los alguaciles en el cateo al ingresar a la cárcel. En aquel libro que era autobiográfico, relataba lo que había sufrido en las dos ocasiones que había sido encarcelado por el Santo Oficio, además de escribir en letra pulcra y menuda, salmos y rezos compuestos por él. Díaz dio aviso a los inquisidores sobre aquellos escritos que habían escapado al cateo. Rápidamente los funcionarios confiscaron el pequeño libro empastado en piel, que agregaron al expediente de Lumbroso y que fue pieza fundamental en la confirmación de su perdición como judío, hereje, ficto, negativo, apóstata, iluso del demonio y demás cargos que los inquisidores formularon y acumularon en su contra.

Solamente si se trataba de un personaje de importancia como Lumbroso y sus allegados se hacían aquellas diligencias de espionaje. Los inquisidores no bajaban a las incómodas celdas a espiar a un esclavo, a un mestizo bígamo o a una mujer acusada de hechicería de los cuales había poco que extraer, que fuese de interés, también en términos monetarios.

Muy tarde, Lumbroso se dio cuenta de la traición de Díaz a quien se había confiado. Se mesaba los cabellos, arrepentido de su grandilocuencia imprudente que había arrastrado a la pérdida a sus seres queridos. Desesperado, se arrojó de un primer piso hacia el patio con la intención de quitarse la vida, pero solo se fracturó un brazo.

Reacio a rectificar, con frecuencia pedía audiencia con los inquisidores para debatir cuestiones teológicas; así como confirmar los errores en los que aducía incurrían los inquisidores. Solo uno de los ministros le causaba un temor profundo al grado de en sus propias palabras, “hacerle temblar las carnes” con solo mirarlo.

Lumbroso conservó sus ritos en la cárcel, se lavaba con el agua que le llevaban para beber, rezaba hasta tres veces con el cuerpo vuelto hacia el oriente, hacía ayunos prolongados y se rehusaba a consumir cerdo o cualquiera de sus derivados.

Ingenioso y desesperado por comunicarse con su familia, que también había sido aprehendida bajo los mismos cargos que se le imputaban a él, con sumo cuidado y paciencia juntaba el tizne dejado por las antorchas o las velas en las paredes de la celda para usarlo como tinta y con un palillo afilado, –seguro de que su madre y hermanas también estarían presas–, escribía recados en los huesos de aguacates y otras frutas o en los papeles en los que se envolvía la comida que le llevaban, para advertirles sobre lo que debían declarar.

Dichas misivas que eran llevadas y traídas por criados y esclavos, fueron interceptadas por los inquisidores y anexadas al

expediente. Siglos después, este anexo fue robado del Archivo General de la Nación (AGN) en la Ciudad de México, junto con la autobiografía y el pequeño libro de salmos escritos por Lumbroso. Pero la fortuna quiso que en 2017 el cuadernillo apareciera en una subasta en Nueva York y fuera devuelto a México. Sin embargo, se perdió el rastro de los mensajes de consuelo y las advertencias para su madre y sus hermanas, escritos en papeles para fumar tabaco o en retazos de tela y las cáscaras y huesos de fruta con palabras de aliento o advertencia.

Anica, la más pequeña de las Carvajal, quien ya era adulta, estaba presa y aquejada de fuertes dolores de garganta. Lumbroso le mandaba mensajes de consuelo en la cárcel: “¡Oh! ¡Qué lindas gargantillas de perlas y de oro de Ofir te ha de mandar poner tu Señor Dios, mi mártir en esa garganta dolorida! ¡Oh! ¡Qué lindas cadenas de oro, oh que joyeles por lo que has padecido en ella! Ea, ea, mi inocente, paciencia que yo te mando albricia”.

Pero los intentos de comunicación, de concertar versiones y de callar peligros fueron en vano. Lumbroso, su madre y tres de sus hermanas, fueron encontrados culpables por relapsos, es decir, reincidentes y condenados a la hoguera. Junto con ellos, decenas de acusados por conservar los ritos hebraicos y profesar la religión judía fueron penitenciados con sambenito, destierro, azotes, multas y confiscación de bienes.

Y así, cinco años después de la muerte de Carvajal “el Viejo”, se realizó uno de los autos de fe más importantes del siglo XVI en Nueva España, en el que murieron en la hoguera nueve personas, entre ellas, cuatro miembros de la familia Carvajal: doña Francisca y cuatro de sus hijos: Lumbroso, Isabel, Catalina y Leonor, además de otros cuatro cómplices y amigos. Los cargos en todos los casos fue la herejía, agravada por ser relapsos, es decir, reincidentes, por conservar y perpetuar la religión hebraica mientras fingían ser cristianos.

Unos años después, Mariana sería condenada también a la hoguera, ella cuya quebrantada salud mental le había salvado la vida en los dos procesos anteriores. De camino al cadalso iba llorando profusamente arrepentida y besaba un crucifijo al que le dirigía tiernas palabras, según relataban conmovidos los religiosos que la acompañaban.

Anica, que había librado la pena de muerte en aquella ocasión, sería sentenciada a la hoguera muchos años después, siendo ya una anciana invadida de cáncer de pecho, en la llamada “complicidad grande”.

XVI
UNA MISCELÁNEA SIN SOBRESALTOS

En los años que siguieron a aquel gran auto de fe, hubo diversos delitos denunciados y procesados por el Santo Oficio, aunque ninguno que representara un trabajo exhaustivo por parte los ministros.

Las causas de poca importancia que no requerían del espectáculo ejemplificador se despachaban ya fuera en privado, ante unas cuantas autoridades religiosas y civiles o en una iglesia como Santo Domingo sin recurrir a toda la costosa, compleja y laboriosa parafernalia que se montaba en el auto de fe.

En los autos pequeños o autillos –versiones simplificadas de los grandes autos de fe–, llevados a cabo en 30 años, fueron castigados músicos, costureras, sombrereros, marineros, mercaderes, clérigos, barberos, sastres, españoles, negros y mulatos. Los delitos no variaban demasiado: las causas se seguían por los delitos de blasfemia y bigamia, o por decir misa sin haberse ordenado. Las ceremonias de castigo eran más bien pobres y de muy poco lucimiento.

Delitos menores como faltar al respeto a los funcionarios de la Inquisición también podían ser motivo suficiente para abrirse proceso y recibir un castigo. Un ejemplo es el portugués Sebastián de Peña quien había agarrado a golpes al alcalde de la cárcel inquisitorial, tachándolo de mentiroso y arrebatándole la espada con intención de darle muerte y por semejante desacato se le propinaron 200 azotes.

Un estudiante de leyes, Diego de Porras, fue requerido tres veces para que enviara dos carretas de cal para las obras de mejoramiento de las cárceles inquisitoriales, pero no obedeció y además se burló del alcalde lo que le valió una multa de 100 pesos y un año de destierro.

El poblano Melchor de Encinas insultó al comisario de aquella ciudad, llamándolo “perro judizuelo” y amenazó con darle mil palos.

O el mulato Sebastián Rodríguez, esclavo del alcalde de las cárceles inquisitoriales por haberle robado la llave de un calabozo para hablar con los presos que estaban ahí encerrados.

Por dar falso testimonio fueron penitenciadas Bernardina de Perdomo y Jerónima de Quesada, madre e hija respectivamente. La francesa Juana Román que vivía en Veracruz fue acusada de hacer conjuros y echar la suerte, recibió 100 azotes.

A la mulata Juana Magdalena se abrió causa porque en lugar de apurarse para entrar a misa dijo: “Qué prisa tiene este clérigo de ir a decir misa, vase (sic) a emborrachar y a escurrir el vino del cáliz”.

Clara Enríquez, hija del judaizante Manuel Lucena, gran amigo de Carvajal que fue quemado en el mismo auto que Lumbroso, se le investigó por cantar una copla que decía:

*Santa Bárbola fue doncella
y en el cielo está hecha estrella:
Dios me libre de la centella
y del árbol de la cruz,
digan todos, amén Jesús.*

También llaman la atención casos como el del marinero y artillero irlandés Tubal de Nash quien fue acusado de ser calvinista y, por lo tanto, hereje, como había mostrado arrepentimiento y

conversión sincera y los inquisidores no quisieron condenarlo a la pena de galeras por ser experimentado marino –quizá temían que robara el barco y huyera– además de que por “ser tan terco, se dejaría ahogar o quemar porque todos hicieran lo mismo”.

En general, las causas despachadas contra mujeres eran también de poca importancia: bígamas, “alumbradas” o falsas beatas que fingían arrobamientos y raptos espirituales; como fue el caso de las mellizas de la región de Puebla y Cholula, Josefa María de la Encarnación y Teresa de Jesús –aquella que ingresó embarazada a los calabozos inquisitoriales– quienes montaban espectáculos diversos. Engañaban a la gente fingiendo raptos místicos, voces, gestos y comunicaciones con Jesús y trances que asombraban a la población que ansiaba mirar y experimentar de cerca la divinidad. De semejante negocio, las embaucadoras recibieron jugosas ganancias, que las llevaron a pasear en los carruajes de la élite novohispana, cubiertas de joyas y lujos, hasta que se descubrió el embuste y fueron a dar con sus huesos a la cárcel.

Otras denuncias incluían a mestizas y mulatas hechiceras que hacían conjuros para conocer el porvenir o para que el ser amado les correspondiese a ellas o a quienes buscaban sus servicios como las mulatas María Pérez Payana y María Jerónima.

Por los consabidos pleitos de los inquisidores con el virrey y la Audiencia pasaron 20 años, en la primera mitad del siglo XVII, sin leerse los edictos de fe en la catedral destinados a promover las denuncias. Los inquisidores escribieron a las autoridades, acusaban al virrey marqués de Gélvez con la Suprema en España de abrirles la correspondencia o que en el mejor de los casos se las hacía perdediza. La Suprema recomendó al virrey tratar con mayor respeto a los inquisidores lo cual a su vez, causó un enorme disgusto al virrey que no era muy popular en Nueva España y que furioso tildó a los ministros de pícaros,

villanos y otros insultos similares, amenazándolos con embarcarlos a España si se atrevían a intentar hablar mal de él.

Por su parte los inquisidores le devolvieron la cortesía tachándolo a sus espaldas, de presumido y soberbio, negándose aunque no abiertamente, a asistirlo en cualquier diligencia. Después de un motín contra el marqués Gélvez por un pleito con el arzobispo Pérez de la Serna, los dos fueron enviados a España por órdenes del monarca Felipe II.

Hacia 1625 el tribunal había aumentado sus deudas en 4 mil pesos por los sueldos que se debían a los empleados de la cárcel y de la manutención de los presos. Ocho años después se retiró el subsidio real al tribunal, con lo cual, los inquisidores se quejarían amargamente de su pobreza, aunque con los secuestros de bienes de algunos judaizantes habían logrado mantenerse y en algunos casos hasta con cierta bonanza.

La gran inundación de 1629 dejó a la ciudad anegada durante 5 años. Una lluvia torrencial que duró casi dos días enteros desbordó los lagos circundantes y el caudal de los ríos, ocasionó la muerte de cientos de personas, arrastradas por aludes de lodo o sepultadas por el derrumbe de sus casas, era imposible transitar en las calles, si no era a bordo de chalupas. Sumemos la inundación de los inmuebles y cuantiosas pérdidas materiales. En ese contexto, el estado de las cárceles inquisitoriales era ruinoso y daba lástima ver lo que padecían los pobres presos a decir de los inquisidores.

Dos años después de que las aguas remitieran, tan solo se despacharon tres causas: Contra una mujer, Isabel de Medina por judaizante que abjuró, otra contra el holandés Juan Boot acusado de hereje quien demostró que las acusaciones en su contra eran falsas pues procedían de enemigos capitales y logró su libertad y contra el mulato Juan de la Cruz, que había renegado de Dios. Tres presos por causas más bien insignificantes para un

distrito de más de 3 millones de kilómetros cuadrados. Peor en 1637, las cárceles estaban prácticamente vacías.

Por esos años había llegado una denuncia sobre la existencia de una sinagoga en la calle de Santo Domingo, es decir a unos pasos del tribunal. Los sábados podían escucharse los rezos de los fieles reunidos, los inquisidores se conformaron con archivar la denuncia sin darle mayor importancia. Otras denuncias llegaron, contra personajes encumbrados de la élite novohispana, que se paseaban altivos en elegantes carruajes los días de fiesta, amigos de oidores y personas de gran renombre. Los inquisidores prefirieron guardar silencio. Ellos mismos tenían lazos amistosos con algunos de los acusados a quienes incluso advertirían al momento de ser arrestados sobre la prudencia y la cautela que debían tener al hablar entre ellos en las cárceles y la urgencia de esconder sus bienes con personas de confianza.

No obstante, esa aparente quietud, estaba a punto de verse interrumpida por una tempestad que sacudiría las capitales de los dos grandes virreinos españoles en América: Perú y Nueva España, arrastrando a su paso con famas, fortunas, honras, solidaridades y vidas.

XVII
LA COMPLICIDAD GRANDE

En 1640, Portugal que había estado unido a España por la sucesión monárquica desde 1580, se sacudió el yugo y se alió con Francia para convertirse en un reino independiente, gobernado por los duques de Braganza. Al llegar las noticias del inquietante suceso, los virreinos de Perú y Nueva España, que eran las regiones más ricas y que poseían los centros urbanos más densamente poblados de la América española, entraron en estado de alarma.

Décadas antes, cuando se había dado la unión de las coronas, muchos judíos portugueses, o que se habían refugiado ahí, emigraron a los reinos americanos buscando escapar del rigor de la ley que les regiría a partir de ese momento. Con la ruptura de la unión con Portugal, las comunidades criptojudías de ese origen fueron las más susceptibles de ser perseguidas.

En Perú se descubrió la “complicidad grande”, en la que 17 prósperos mercaderes fueron acusados de ser judaizantes y encarcelados en el Santo Oficio de Lima. Un año después habría 160 denuncias y sumarían 80 encarcelados. Cuatro años después se realizó el monumental auto de fe, el más importante en la historia de la Inquisición peruana en el que quedó para siempre desmantelada la comunidad criptojudía de aquella región. Juan Sáenz de Mañozca, el implacable inquisidor encargado de procesar a los culpables, sería trasladado poco tiempo después a la Inquisición novohispana.

Cuando estalló la rebelión en Portugal contra la Corona española, el rey ordenó que se prohibiera la entrada de portugueses a los reinos de las Indias que no fueran residentes, asimismo ordenó la intervención de su correspondencia con cualesquiera destinatarios.

En la Ciudad de México, una noche, un clérigo se apresuró a avisar al Santo Oficio sobre el peligro de una conjura para emprender un levantamiento contra la Corona española. Dos criados suyos habían escuchado, al pasar, a unos portugueses que hablaban en la calle, y que ufanos aseguraban que con otros cuatro hombres valientes como ellos, podrían prender fuego al edificio inquisitorial con todo y sus ministros adentro. Real o imaginada, aquella conjura alertó a las autoridades quienes ordenaron a los familiares, o auxiliares del tribunal, custodiar día y noche los accesos al Santo Oficio.

Como la mitad de los calabozos habían quedado inservibles tras la inundación de unos años atrás, los inquisidores solicitaron al virrey que les rentaran unas casas cercanas para poder acomodar con mayor facilidad a los acusados. Poco a poco y con el mayor sigilo para no alertar a los infractores, se adecuaron las casas rentadas como cárceles para albergar a los conjurados.

Gaspar de Robles, judaizante, medio vagabundo acudió a denunciarse al Santo Oficio por instrucción de su confesor, así como aquel subalterno de Carvajal había denunciado a Isabel 50 años antes por órdenes de su confesor. Mostrándose arrepentido, consiguió el perdón y recibió la orden de seguir haciéndose pasar por judío para descubrir a quienes fueran cómplices en aquel delito.

Cuando la Suprema en España se enteró de aquel ardid, reprendió a los ministros por su mal proceder y les prohibió volver a incurrir en semejante irregularidad, pero ya era tarde. Gaspar cumplió cabalmente la orden de los inquisidores novohispanos y acudió a denunciar por seguir la ley de Moisés, a Blanca de

Rivera y a sus hijas María, Margarita, Clara, Catalina e Isabel, parientes lejanas suyas.

Preocupadas por lo que Clara, que era “de poco entendimiento” pudiese declarar, sus hermanas y amistades intentaron hacerle llegar mensajes por todos los medios posibles, dentro de las cárceles, mediante jugosos sobornos al alcalde, mensajes de voz, escritos, pero las misivas e intentos de comunicación siempre interceptados por los inquisidores, fracasaron.

Los ministros del Santo Oficio, como burócratas de la Corona, estaban preocupados por una supuesta conjura en la que participaban criptojudíos de ambos virreynatos que intentaban apoyar a Portugal en contra de España. A la par, la comunidad era uno de los sectores más prósperos y de prestigio social en el mundo novohispano. Fuera cierta o no la intentona, lo cierto es que el tribunal de Nueva España inició el período de mayor actividad en toda su historia, en los años comprendidos entre 1640 y 1650. Nunca más volvería a verse aquel brío en la persecución de los acusados que atiborraron las cárceles inquisitoriales durante años.

En las denuncias comenzaron a mencionarse apellidos como Váez, Enríquez, Núñez, Díaz, Silva, Laguarda, Campos y Rodríguez. Como ya se mencionó una de las principales acusadas era Blanca de Rivera, quien junto con tres de sus hijas, al amparo de la oscuridad de la noche, azotaba un Cristo y le había roto un brazo, además le imponía apodosos insultantes llamándolo en portugués “pez podrido” y “el descabellado”. Al ser interrogadas se les mostró el Cristo con el brazo roto y un látigo de ixtle. Reconocieron al Cristo como el golpeado, pero no el látigo. Se hincaron y con lágrimas en los ojos lo besaron y acariciaron, pero eso no convenció a los inquisidores.

Las cárceles, prácticamente vacías durante años, volvieron a llenarse de sospechosos de judaizar. Incluso Blanca de Rivera

tuvo que ser encarcelada durante un tiempo en la sala de tormento –los instrumentos fueron retirados– por la falta de espacio. Pero los inquisidores que habían imaginado repartirse las riquezas de los aprehendidos, tras la confiscación de bienes reglamentaria, se llevaron un chasco. Había poco que repartir. Alertados por amigos, socios y criados; los judíos más prósperos y respetados como Simón Váez o Tomás Treviño de Sobremonte, habían logrado esconder o encargar sus riquezas con amigos y parientes. Destruyeron libros de cuentas y papeles comprometedores. Pero no contaban con que la codicia de los inquisidores fuera así de pertinaz. Ya encontrarían la manera.

Los inquisidores que antes habían ignorado las denuncias de esas prácticas ahora subrayaban escandalizados que los judíos se hallaban por doquier, celebraban sus ritos casi públicamente en sus sinagogas y se había descubierto que para poder reunirse y avisar sin levantar sospechas, los judíos enviaban a un “negrito” vestido de rojo que iba tocando el tambor por las calles de la ciudad.

A finales de 1643, los inquisidores escribían a la Suprema en España, para saber si enviaban a España a los reos, lo cual consideraban peligroso pues llevarían la sedición al seno mismo de la metrópoli sin embargo tampoco creían prudente enviarlos a Filipinas en donde podrían conseguir adeptos y organizar la rebelión. Se quejaban de que había que mantenerlos y eso costaba dinero así que era preferible ejecutarlos en auto de fe, ya que muchos se negaban a confesar o confesaban pequeñeces, omitiendo nombres y detalles para intentar protegerse y proteger a los suyos.

Algunos incluso, simulaban que habían perdido la razón, en un intento desesperado por eludir el tormento, la prisión y el castigo. Fue el caso de la esclava mulata Esperanza Rodríguez,

anciana y viuda, quien fingió locura para evitar confesar el delito de ser judaizante. Rasgaba su ropa y fabricó un muñeco que arrullaba como si fuera su hijo y al que fingía amamantar, lo escondía para después hacer ademanes de buscarlo desesperada. Los inquisidores no se tragaron el cuento.

Por su parte, Blanca de Rivera intentó hacerse pasar por muda y loca, pero cuando los inquisidores le dijeron que sabían todo lo que había dicho en su calabozo, les lanzó diversas maldiciones, les puso apodos y dijo que se le antojaba comérselos preparados en picadillo.

Francisco Núñez también fingió ser “simple y zonzo” y Manuel Díaz simuló “locura y espanto” –e intentó ahorcarse en la cárcel–, según los inquisidores que sabían distinguir entre la locura “real” y aquella fingida, o en el caso de duda, llamaban a un médico para que certificara el estado mental del reo.

Hay que señalar que las creencias de la ley de Moisés, sujetas al secreto forzoso y a la falta de un rabino, fueron deformándose, nutriéndose de otras creencias y mezclándose como lo atestiguan declaraciones como la de Gaspar Váez de Sevilla quien aseguraba que cierta católica en España tenía un “Santo Moisés”, pintado en un guardamecí, en alusión a Moisés el patriarca.

La panadera Francisca Texoso declaró que para conseguir un pan más blanco y esponjoso que se vendiera con mayor facilidad, ella y sus hermanas utilizaban el agua con la que previamente se habían lavado “ciertas partes inmundas”, haciendo círculos en forma de bendiciones sobre la masa. Isabel, una de sus hermanas, ávida lectora del Antiguo Testamento, adaptaba las oraciones judías a los rezos católicos eliminando el nombre de Jesús y de la virgen María.

Margarita de Rivera quien se mantenía de hacer moños y guardainfantes (crinolinas), asistía en los lavatorios y amortajamientos de los judíos difuntos y cuando tenía alguna pesadilla,

acudía a contarla a su confesor para según sus creencias, echarle el mal agüero al sacerdote.

Entre las prácticas que conservaban los acusados estaba la de no barrer por las noches ni mirarse al espejo, no cruzar los dedos al juntar las manos, ni colocar los brazos sobre la cabeza. Las mujeres llevaban consigo dientes de muerto, ombligos de criaturas, polvos, raíces y otros ingredientes que además las delataban como hechiceras y supersticiosas lo cual sumaba agravantes a su proceso.

Sin embargo, las grandes figuras de aquellos procesos fueron los ricos mercaderes Simón Váez Sevilla, Sebastián Váez de Acevedo –amigo del virrey marqués de Villena y de los inquisidores a los que invitaba a fiestas y banquetes– proveedor de la flota de Barlovento –encargada de proteger las costas novohispanas y Las Antillas, de los ataques y saqueos piratas–, así como Tomás Núñez de Peralta y el místico y otrora poderoso Tomás Treviño de Sobremonte, prominentes y prósperos comerciantes, miembros de lo más granado de la sociedad novohispana y cabeza de la comunidad criptojudía la cual después de los procesos a los que se vio sometida fue desmontada, desarticulada y aniquilada en el mundo virreinal.

A pesar de que la comunidad criptojudía mantenía los matrimonios de forma endogámica en un 90%, las tensiones y conflictos latentes entre los más ricos y los más desvalidos se hicieron evidentes cuando la desgracia de los años 40 del siglo XVII se desató sobre todos ellos: hermanos y cuñados que se detestaban, madres e hijas que no se hablaban. Las más pobres se sostenían aferradas de una fe que estaba prohibida, mientras que los más acomodados habían renunciado tibiamente a algunos preceptos religiosos en aras de mantener en su cauce los asuntos del mundo. Simón Váez, poderoso mercader de carácter irascible, era considerado como un hombre prepotente y

soberbio a los ojos de sus familiares, en especial por su yerno con quien tenía una pésima relación. Estas tensiones y conflictos nos recuerdan aquellas que fueron parte de la ruina de los Carvajales, 50 años antes.

No faltaron los chantajes, deseos de revancha e incluso asesinatos dentro de dicha comunidad que fueron descubriéndose conforme avanzaban los procesos. Se dio el caso como del judaizante Thome Gómez quien chantajeó, sin ningún escrúpulo, a varios con la amenaza de ir a plantarse al patio de la Inquisición a gritar todos los nombres de otros judaizantes que conocía si no le daban el dinero que exigía. Los implicados presos del terror, se apresuraban a pagar por su silencio. Sin embargo, Thomé no se salvó de la persecución y en 1646 también fue arrestado y reconciliado con sambenito, junto con otras cuarenta personas cuando se realizó el primer auto de fe relativo a la “complicidad grande”, en el que ninguno fue condenado a morir en la hoguera, ni quemado en efigie.

Sucedía de forma simultánea en ese universo en el que había ayuda, alojamiento y acomodo en algún oficio o tienda para el pariente, conocido o amigo que vino del lejano terruño, un universo que al mismo tiempo se olvidaba de los más desvalidos como la hermana viuda y pobre cargada de hijos. La solidaridad, sostenida con alfileres se derrumbó. Esos conflictos que estaban en latencia, estallaron en amenazas, advertencias, chantajes y promesas cuando los acusados de forma por demás imprudente se comunicaban en los calabozos, ignorantes de todas las orejas que los escuchaban, sin saber que cada palabra, cada nota, cada recado, cada amenaza y cada promesa era vigiladas, interceptadas y registradas por el personal carcelario, por los soplones, los esclavos, e incluso los mismos reos que rápidamente daban cuenta de ellos a los inquisidores.

A las causas por judaizantes se sumaron cargos que agravaron su ya de por sí precaria situación, como dichos contra el prestigio o el buen nombre de los inquisidores. Los presos aprendieron a evitar nombrarlos y les ponían apodos diversos: “el Barrigón”, “el Gordo”, “el Antojuelos” por los anteojos, “Caduco”, “Gorrita”, “Nàrices de vinagre” por su mal talante, “Aposentador de la Modorra”, por su pereza y en conjunto los llamaban “los Faraones” o “la Canalla Infernal”. Se burlaban de Mañozca quien era tan gordo que podían hacerse jamones con él, y decían que al resto del personal deberían hacerlos tasajos y cecina y a los alguaciles “asaetearlos”. Los apodos no eran solo una válvula de escape inconsciente que aliviaba un poco el dolor o la angustia de los reos, al burlarse de los poderosos, sino que quizá creían que la forma de hablar encriptada les permitiría entenderse con mayor libertad sin ser descubiertos cuando hablaban de sus odiados verdugos. Pero se equivocaban.

A pesar de que los bienes confiscados debían ser enviados a España, los inquisidores lograron hacerse con gran parte de las fortunas de los mercaderes y se apresuraron a repartirse el jugoso botín que sumaba cientos de miles de pesos, en barras de plata, joyas y propiedades arrebatados a los otrora prósperos comerciantes.

Un año después, todavía esperaban la culminación de su proceso 130 personas encarceladas en el Santo Oficio. La población carcelaria iba desde doncellas de 13 y 14 años, solteras, viudas, casadas y hombres jóvenes, hasta ancianos que rebasaban los 80 años. Decenas murieron en los calabozos aguardando su sentencia.

En enero de 1648 se realizó el segundo auto de fe relativo a los judaizantes en el que fueron reconciliadas 23 personas. Transcurridos algunos meses se dio por terminado el proceso con lo cual, otros 22 judaizantes fueron reconciliados. En

aquel auto, Gaspar de Alfar el malsín, artífice de buena parte de la ruina de los judaizantes, algunos de ellos parientes suyos fue condenado a 300 azotes y a la pena perpetua de galeras en las que indefectiblemente encontraría la muerte. Un magro premio por colaborar con las autoridades para intentar salvar el pellejo.

Sin embargo, el auto más espectacular del siglo XVII, sería el de abril de 1649 en el que serían penitenciados 109 judaizantes, que recibieron penas diversas: desde los azotes, el destierro, las multas y la imposición del sambenito, hasta la hoguera. Como varias decenas habían muerto durante el proceso, los indios principales o caciques, elegantes y vestidos con la solemnidad que la ocasión ameritaba llevarían en hombros los ataúdes de 47 personas cuyos huesos serían quemados en la hoguera.

La ciudad amaneció expectante, la Inquisición prometía indulgencias para los asistentes al auto, acto ejemplificador y edificante para la conservación de la pureza de la fe. Tres meses antes con voz de pregonero se había anunciado el acto que reiteraba el poderío del santo tribunal. Desde los pueblos vecinos y aun de las ciudades más apartadas llegaron días antes indios, negros, mulatos, mestizos, autoridades españolas tanto civiles como eclesiásticas. Hay quien calcula una asistencia de 20 mil almas al espectáculo del castigo de los condenados. Los carruajes se acomodaron en doble fila en las principales calles y sus dueños temían moverse y perder su lugar para presenciar el espectáculo. Los balcones estaban abarrotados al igual que las copas de los árboles que parecían racimos humanos. Se instalaron puestos de comida, chocolate y algunas indias preparaban tortillas desde muy temprano.

Con antelación se había armado el tablado y la “vela”, es decir, el toldo, fabricado en tela que protegería a las autoridades de las inclemencias del sol o la lluvia. La ceremonia era muy larga.

En solemne procesión salían por las calles de la ciudad en estricto orden jerárquico. Del tribunal salían primero los familiares del Santo Oficio a caballo, los curas con las cruces de sus parroquias, las estatuas o efigies de los condenados, las cajas de huesos y los presos de menor importancia que llevaban sambenito; en el último lugar, desfilaban los herejes contumaces, los que recibirían la pena máxima. Todos ellos iban acompañados de dos confesores que los instaban al arrepentimiento para no morir fuera del seno de la Iglesia. La sentencia se les había comunicado apenas la noche anterior.

En un cofre de concha nácar, perlas y joyas iban guardadas las causas y sentencias que serían leídas en público, custodiada por alabarderos. Participaban en la procesión también por estricto orden de importancia y dignidad, elegantemente vestidas y enjoyadas las diversas corporaciones de gobierno y de la Iglesia. Unos a caballo y otros a pie, seguidos por sus carruajes. Los inquisidores, el arzobispo y el virrey en primer lugar, después la Audiencia, el Consulado de comerciantes, la Universidad, los cabildos eclesiástico y secular, las órdenes mendicantes: encabezadas por los franciscanos pues eran los que primero arribaron a estas tierras, seguidos de agustinos, dominicos y de otros personajes notorios. Cerraba aquella enorme procesión la multitud de curiosos que trataban de no perder detalle.

De los penitenciados, que recibirían aquel día su castigo, trece fueron condenados a morir en la hoguera, por relapsos, es decir, reincidentes. El antes poderoso Tomás Treviño de Sobremonte iba amordazado porque no cesaba de gritar improperios a los inquisidores, tuvo que caminar a trechos pues la mula que debía montar coceaba; señal de que incluso el animal percibía su pertinaz maldad y se rehusaba a llevarlo, según los testigos. Fue necesario montarlo en un caballo; no obstante, como el mercader se retorció con violencia, un indio iba sentado a sus espaldas y

lo sujetaba al tiempo que intentaba convencerlo de arrepentirse para conseguir la salvación de su alma. Lo detenía para que no cayera al suelo, o en manos de la turbamulta que lo insultaba y le escupía.

Los infelices reos, humillados, sucios, harapientos y semidesnudos desfilaron por las calles de la ciudad a merced del escarnio público. Los ricos y poderosos como doña Juana Enríquez y Simón Vázquez de Sevilla quienes habían sido amigos de oidores, virreyes e inquisidores que en otros tiempos paseaban en carroza, altivos y desdeñosos, ahora llevaban sambenito, coroba en la cabeza, es decir, un cucurucho que llevaba pintadas llamas del infierno y demonios que ilustraban sus pecados: además, traían una soga al cuello y las mujeres, una cruz verde en las manos. Los hombres no portaban la cruz por tener las manos atadas a la espalda.

La procesión infamante terminó en el quemadero de la Inquisición, próximo al templo de San Diego donde en la explanada cuadrangular donde se montaban las hogueras. La Alameda estaba atestada, la gente se había encaramado sobre el acueducto que pasaba a un costado, en los árboles, otros a caballo y a pie, buscaban la mejor vista, no había un alfiler.

Condenada a la hoguera junto con Treviño de Sobremonte y los otros once reos, iba también Anica, la más pequeña de los Carvajal quien de muy joven había visto morir en las llamas a su madre y hermanas, ahora una anciana carcomida por un cáncer de pecho tan profundo que incluso se le veían las entrañas. Todos, salvo el irreductible Treviño que no gozó de esa benévola concesión, recibieron la pena de garrote, de forma que murieron antes de que les prendieran fuego a las piras.

Los indios eran los encargados de atizar el fuego de las hogueras que ardieron toda la noche, hasta que solo quedaran cenizas. A la mañana siguiente, las arrojarían en las acequias

adonde iban a parar las excrecencias, la podredumbre y la basura: la ruina de los poderosos.

Aquel sería el último de los grandes autos realizados y el más espectacular que organizó el tribunal en toda su historia, que en total no pasaron de una decena en tres siglos. Aunque hubo numerosos autillos tanto en Santo Domingo como en la capilla de San José, del Convento de San Francisco, en la Catedral, a los que se suman los autos particulares, que se llevaban a cabo en privado.

De 103 judaizantes que fueron condenados a la pena de destierro, solo 26 de ellos se embarcaron hacia España, no obstante, algunos desembarcaron en distintos puntos de la travesía, perdiéndose de vista para siempre. De forma que solo un número insignificante de los desterrados cumplió realmente su condena.

En el caso de la pena de galeras, los inquisidores se quejaban de lo oneroso que era enviarlos a cumplir dicha sentencia ya que por lo general los sentenciados no tenían dinero para costear su traslado a Veracruz o a Acapulco, que no era barato, debían pagarse el arriero que los transportara, los alimentos, el hospedaje, etc. El castigo se volvía inaplicable a no ser que la Real Hacienda cubriera los gastos, lo que no sucedía.

Un año después del auto de fe, Sebastián Váez de Acevedo, olvidado por todos, medio loco, falleció en el hospital de Nuestra Señora. En cambio Simón Váez de Sevilla, junto con su parentela, se embarcó en Campeche, con la ayuda del conde de Peñalba, gobernador del puerto, llevándose una buena suma de dinero y mercancías dejando atrás el sambenito que la Inquisición le había impuesto a perpetuidad.

Las sumas confiscadas ascendían a cientos de miles de pesos. Los inquisidores gastaron en la construcción de las cárceles de penitencia que eran 18 celdas, más la vivienda del alcalde y un

patio con fuente, un poco más de 10 mil pesos, cifra pequeña si se compara con lo confiscado. Además, se aumentaron los sueldos y el restante, que era una cantidad importante se la repartieron en forma de préstamo entre ellos o la distribuyeron entre parientes y amigos. El tesorero del tribunal se había quedado con la mayor parte. No obstante, la Suprema solicitó el recuento de la confiscación y el envío de los bienes a España. Era realmente poco lo que se enviaría a España después del ilegal reparto, los inquisidores arguyeron diversos pretextos. La Suprema no se los creyó.

Unos años después sería condenado el irlandés Guillén de Lampart, testigo de tantas fechorías perpetradas por esos burocratas inquisitoriales, pero no se apreciaba ya aquel brío con el que los ministros habían seguido las causas anteriores. La modorra, tan común en la América española que incluso había llegado a matar a algunos con solo desembarcar en Veracruz, se apoderaría nuevamente de los funcionarios.

XVIII
UN IRLANDÉS INCÓMODO

Uno de los personajes más trágicos, intrigantes y conmovedores que habitaron las celdas inquisitoriales fue William Lamport, Guillén Lampart o Guillermo Lombardo de Guzmán. Era un irlandés que tenía 29 años cuando fue denunciado y aprehendido en la Ciudad de México, un domingo de octubre de 1642, para dar cuenta de sus delitos ante el Santo Oficio.

Lampart era rubio, delgado, apiñonado, de ojos claros y vivaces. Hombre cultísimo, de memoria prodigiosa dominaba el inglés, el francés, el castellano, el latín y el griego, además de haber estudiado filosofía, matemáticas y teología. Esta última sería una herramienta contundente; pero traicionera, para enfrentar las acusaciones en su contra fabricadas por los inquisidores.

Interrogado sobre su vida ante los inquisidores, como se hacía con todos los presos, mezclaba las más inverosímiles hazañas con aventuras dignas de un pícaro de aquellos tiempos. Antes de su arribo a Nueva España anduvo algunos años en compañía de unos piratas calvinistas a los que terminó por convertir al catolicismo. Se había casado en Madrid en donde había dejado una hija.

Alegaba ser hijo del monarca Felipe IV y tenía en su poder una gran cantidad de papeles de procedencias muy diversas, algunos falsificados, otros al parecer, auténticos, cédulas, títulos y una especie de manifiesto. En ese documento planeaba

la independencia de la Nueva España pues consideraba que se hallaba sujeta a la tiranía española sin razón alguna. Este último texto sería una de las principales causas de su desgracia. Asimismo, proponía que la nobleza indígena ocupara el lugar de la élite española en las funciones de gobierno y que los esclavos negros y mulatos fuesen liberados. Señalaba la necesidad de que todos tuviesen las mismas oportunidades sin distinción de categoría social. Postulados bastantes audaces para su tiempo y su contexto.

En 1640 Lampart se embarcó para Nueva España junto con el virrey duque de Escalona y todo su séquito y el arzobispo don Juan de Palafox quien unos años después depondría al virrey y gobernaría la Nueva España, por lapsos, durante nueve años.

Algunos autores señalan a Lampart como espía, una especie de agente encubierto de la Corona española, para otros en cambio era solo un pícaro fantasioso. Ya hemos visto que aquellos años fueron tiempos de turbulencia política y de intentos o al menos de suspicacias en torno a la posibilidad de una rebelión portuguesa en las posesiones españolas en América. No es descabellado pensar que la Corona enviara a un “agente” que le reportara la situación. Pero al parecer, la misión fracasó.

Lampart estuvo preso durante 17 años en la cárcel inquisitorial. Fue testigo de un sinfín de irregularidades e injusticias cometidas en los procesos seguidos en contra de los criptojudíos portugueses pues compartió con ellos años de cautiverio.

En aquellos largos y tediosos días que parecían no terminar jamás, sabedor de los soplonos que infestaban los calabozos, Lampart inventó un ingenioso, aunque complicado sistema de comunicación encriptada. Un abecedario basado en golpes, para hablar en clave con otros presos. A=1 golpe. B=2 golpes, C= 3 golpes y así sucesivamente. Si bien era un sistema complejo porque requería que el interlocutor supiera leer y

escribir para poder realizar los golpes lo que sobraba en la cárcel era tiempo.

El irlandés pedía hojas de papel y tabaco para liar cigarros que no se fumaba pues en realidad guardaba los papeles en los cuales logró escribir con una apretada y prolija caligrafía, 918 salmos en latín. En un plato recogía al igual que Carvajal “el Mozo”, 50 años antes, el hollín de la antorcha o vela que mezclaba con un poco de “miel prieta” (piloncillo) o agua. Para escribir utilizaba plumas de gallina que afilaba con un trozo de vidrio. Parece una tarea laboriosa, pero en algo había que matar el tedio que se alargaba en medio de la soledad y la zozobra.

Lampart había visto salir aquella mañana de abril a los reos judaizantes para morir en la hoguera o para cumplir sus sentencias lejos de la Nueva España, fue testigo de las enfermedades, los colapsos, las angustias y las muertes de sus compañeros de infortunio. Al año siguiente del gran auto de 1649, huiría de aquel oscuro calabozo que había ocupado durante ocho años. No parece factible que lo hubiera conseguido sin la ayuda de alguien afuera.

Lampart planeó concienzudamente la forma de huir, junto con Diego Pinto, un compañero de celda. Diariamente se repartía a los reos las velas, el agua, la bacinica y dos reales para que los gastaran en lo que necesitaran. Había quienes compraban comida, otros papel y pluma para su defensa; unos más, hilo para bordar; un rosario, una cartilla para leer, etc. Como se ha señalado, esos gastos se iban acumulando y al final del proceso se hacían cuentas para que el reo liquidara sus adeudos.

Durante años, el irlandés ahorró 35 pesos de su ración diaria de dos reales –1 peso equivalía a 8 reales–, juntó varias mudas de ropa en un bulto y se puso algunas prendas por encima de lo puesto. Deshizo en tiras tres sábanas, una camisa y una almohada y las trenzó. Con un clavo que había arrancado del portón de su

celda hizo muescas en las vigas para atorar la “cuerda” y poder descolgarse por un ventanuco sin que el trenzado resbalara.

Era cuestión de paciencia, de esperar el momento adecuado: la Nochebuena de 1650, puesto que todos estarían distraídos con los festejos, lo cual facilitaría la huida. Después de que los carceleros les llevaran la cena a las 8 de la noche, él y Diego desmontaron los barrotes del ventanuco de la celda y se descolgaron al patio interior, para después brincar por la parte más baja de un muro, ayudados de una viga que colocaron como rampa y les permitió salir a la calle. Algunos autores señalan que dicho escape hubiera sido imposible de no contar con algún aliado afuera de las cárceles. Eran aproximadamente las 3 am, la ciudad dormía y por las calles no se veía ni un alma.

Al amparo de la oscuridad y el silencio, Lampart pegó los pliegos que había escrito en la cárcel en las puertas de la catedral y otros más en las calles, hoy como conocidas como Donceles y Tacuba; en aquellos denunciaba la corrupción, la codicia escandalosa, la inutilidad y la perfidia de los inquisidores. Los madrugadores que acudieran temprano a la catedral o que pasaran frente a sus puertas en su camino a un mandado o a hacer las compras, tendrían ocasión de leerlos. Quienes sabían leer, claro.

De ahí se dirigió al guardia que custodiaba la puerta del palacio virreinal, insistió en que venía desde La Habana con un mensaje urgente para el virrey conde de Alva de Liste, y debía entregarle unos papeles muy importantes. El guardia imaginó que recibiría una buena recompensa por hacer llegar rápidamente las inaplazables noticias y se apresuró a despertar al virrey para entregarle los dichosos documentos.

Pero Lampart no esperó respuesta, sino que partió con premura, quizá empezaba a clarear y fue hacia el barrio de Santa María La Redonda –actualmente la colonia Guerrero– en aquel

entonces habitado únicamente por indios que contemplaron sorprendidos el paso de aquel hombre rubio de extraña estampa, desaliñado, con un bulto de ropa a cuestras y varias mudas sobre lo que traía puesto. La mañana despuntaba y se escondió en casa de un conocido que pronto se percató de la grave inconveniencia de tener a semejante prófugo en su casa.

Unas horas más tarde, al descubrir la fuga los inquisidores se apresuraron a alertar a la población sobre la peligrosidad y gravedad de los crímenes del irlandés. Amenazaron con severos castigos a quienes intentaran esconderlos. El sastre que los había acogido en las primeras horas de la mañana, se dio prisa para acudir al tribunal a denunciarlos. La libertad de Lampart y de Diego, su cómplice, había durado tan solo unas horas. Fueron reaprehendidos y cateados, a Lampart se le encontraron los 35 pesos ahorrados en una talega —cantidad nada desdeñable en la época—, así como el bulto de ropa con varias mudas. Trataba de escapar a Veracruz, sin embargo, sus planes se vinieron abajo. El virrey no acudió en su auxilio como esperaba. El arzobispo Palafox enemigo de aquellos inquisidores, quizás podía haberlo ayudado; pero había muerto en España unos meses atrás.

De vuelta a la celda fue puesto en un cepo con cadenas y al final de aquellos nueve años más en cautiverio, perdería la razón. Insultaba a los inquisidores llamándolos herejes e idiotas y diciendo que si no le entendían porque hablaba en latín, les hablaría en español. Hacía ayunos excesivos y rezaba durante largas horas, hincado, lo cual ocasionó que se le llagaran las rodillas. En los últimos días de su cautiverio antes de la ejecución se cubría con su propio excremento, negándose a limpiarse a pesar de las reconvenciones y exhortos de los inquisidores y los carceleros. Tuvieron que atarlo para poder bañarlo.

En varias ocasiones la Corona española exigió a los ministros que remitieran a Lampart a España para procesarlo allá.

Los inquisidores se hicieron los desentendidos, alegaban impedimentos e inventaban excusas. Probablemente temerosos de que el incómodo reo, conocedor de sus corruptelas y con el profundo odio que les tenía, denunciara el entramado de irregularidades en que habían incurrido en tantas ocasiones. Los inquisidores acumularon 228 cargos en su contra acusándolo de hereje sectario de Calvino, Pelagio, Juan Huss, Lutero y Wyclef, entre otros heresiarcas, por escribir libelos infamatorios, falsificar cédulas reales, ingerir peyote, ser astrólogo, tener pacto cuando menos implícito con el demonio y conspirar contra el rey, lo cual era delito de *lesa majestad*, es decir un atentado contra el monarca, por mencionar solo algunos de los delitos del interminable listado. Así que lo sentenciaron de una vez por todas a salir en auto de fe y morir en la hoguera. Saldría de la cárcel 9 años después de ser reaprehendido y vería la majestuosa Ciudad de México por última vez, montado en una bestia de albarda –elegante nombre para una mula– en su camino al quemadero de la Inquisición. Pero su mente rota vagaba lejos.

En su camino al cadalso iba mirando las nubes, ignoraba al religioso que lo acompañaba conminándolo a arrepentirse para salvar su alma, se atusaba el bigote y se hurgaba la nariz con la cruz que le habían puesto en las manos. Los años de cautiverio le habían quebrado la razón. Al colocarlo en la argolla del garrote para darle muerte antes de prender fuego a la hoguera tal y como se acostumbraba se arrojó hacia adelante, ahorcándose. Tenía 46 años.

Junto con él, fueron quemados otros cuatro reos, Diego Díaz por judaizante a quien un sacerdote le acercó la cruz para que la besara y el condenado se hizo a un lado: “Quite padre que un palo a nadie salva”. Los otros tres por herejes. Solo uno se arrepintió.

A pesar de que llovía, la gente salió a ver la procesión por la calle de Plateros o San Francisco, hoy Madero, desde los

balcones, las calles y las copas de los árboles y la muerte en la hoguera de aquellos desdichados. Algunos calculan que asistieron unas 40 mil personas.

Por su parte, Diego Pinto, compañero de celda, huida e infortunio de Lampart y María Romero su mujer, también presa por la acusación de falsa beata, morirían en las cárceles inquisitoriales.

XIX
LES CAYÓ LA AUDITORÍA

Como se destacó, a los primeros años de ímpetu del tribunal siguieron otros en los que el trabajo de los funcionarios inquisitoriales mal preparados, codiciosos, amodorrados y mediocres, aunados a su mal proceder, el estado ruinoso de las cárceles y la forma de llevar los procesos dejaban mucho que desear.

Después de recibir numerosas quejas sobre la actuación de los inquisidores, en particular en torno a los procesos de los judaizantes, la Suprema en España encomendó a dos visitadores, una especie de auditores para que dieran cuenta del funcionamiento del tribunal. Ambos funcionarios, Juan Sáenz de Mañozca, primo del arzobispo de México, en 1642 y Pedro Medina Rico, en 1654, coincidieron lastimosamente en lo mismo: los inquisidores, víctimas de la modorra y la dejadez no hacían nada o lo poco que hacían, dejaba mucho que desear. Los visitadores se lamentaban amargamente e inclusive advertían que para remediar todas las irregularidades que se cometían, los funcionarios en cuestión tendrían que volver a nacer.

Sáenz de Mañozca, quien fue nombrado inquisidor, renunció a continuar con la visita. Impedido por la gota que le afectaba manos y pies, vivía aterrado y escondiéndose del fiscal de aquel entonces, Gabiola quien al parecer había perdido la razón, y pretendía atacarlo en alguna de las habitaciones del edificio

inquisitorial. Pero el fiscal murió poco tiempo después así que no se consumó el tan temido ataque. Sin embargo, eran evidentes las rencillas y los enconos entre los funcionarios inquisitoriales. Desprecios, rivalidades, amenazas, envidias y burlas estaban a la orden del día.

La segunda visita, años después, la realizó Pedro Medina Rico. Fue fiscal en la Inquisición de Zaragoza y después en Sevilla, y visitador en la Inquisición de Cartagena de Indias, antes de llegar a Nueva España. Así notificó apesadumbrado a la Suprema que había muchísimas irregularidades por revisar y que el trabajo sería más difícil que el de Cartagena pues era muy poco lo que había hecho su antecesor, Sáenz de Mañozca.

Medina Rico se encontró con que había 1200 juicios pendientes contra el fisco de la Inquisición, pues como ya se ha mencionado, los fiscales, notarios y jueces, entusiasmados por la oportunidad de salir de deudas, emprender negocios y acrecentar su fortuna, hacían cuentas alegres y repartos a discreción, remataron los bienes para quedárselos o, peor, no cobraban las multas que se debían al Santo Oficio.

El trabajo era abrumador, el visitador enfermó y tuvo que ser llevado a Cuernavaca en una litera para convalecer. Alegaba que eran necesarias al menos 4 personas más para llevar a cabo aquella fatigosa revisión que realizaba él solo.

Un año después prosiguió con la auditoría de los distintos rubros que debían ponerse en orden, por ejemplo: la sala de Audiencia, donde se realizaban los interrogatorios y se recibía a testigos y denunciante estaba ubicada en una esquina del edificio con nueve grandes ventanales de forma tal que se escuchaba todo lo hablado desde la calle, lo cual, por supuesto, violaba el principio fundamental del secreto. Con frecuencia, los presos atemorizados o iracundos lloraban y vociferaban, era indispensable reubicarla a otra parte más discreta del edificio.

El visitador también se quejaba de que, al momento de su llegada a la Ciudad de México, en las cárceles inquisitoriales tan solo había cuatro presos: un judaizante, un bígamo, un blasfemo y un hombre que había celebrado misa sin ordenarse sacerdote. El visitador estaba escandalizado, ¡cuatro presos para un distrito de tres millones de kilómetros cuadrados!

Por supuesto, de nuevo apareció la misma queja que se repetía desde años atrás: las cárceles eran una ruina, heladas en invierno, algunas celdas inundadas, otras inhabitables, pero no se invirtió en esas reparaciones.

Medina Rico, muy enojado, sumaba acusaciones: los ministros, en cuanto llegaban a trabajar, iban directo a sus despachos a tomar chocolate o a escribir su correspondencia personal; otros se iban a conversar con el fiscal o hasta con los presos en la sala de la Audiencia, lo cual sabían de sobra que estaba prohibido pues daba pie a que en la charla salieran a relucir los nombres de los denunciantes y testigos o hasta los crímenes que se les imputaban, información que los acusados podrían aprovechar para preparar una defensa más sólida o simplemente no delatar otros delitos.

La lista de irregularidades continuaba: los burócratas inquisitoriales tenían por costumbre salirse a tomar el fresco unas tres o cuatro veces al día. No atendían con las ropas apropiadas para el trabajo que desempeñaban. Tampoco aplicaban el tormento como debían: o eran demasiado blandos y lo aplicaban solo ligeramente o lo hacían con rigor desmedido a sabiendas de que la acusación en contra del reo era falsa. Un inquisidor incluso permitió que sus familiares, pajes y criados escucharan, por un hueco de su despacho, lo que sucedía en la cámara del tormento.

Por otro lado, aunque los inquisidores debían visitar a los presos dos veces al mes para reconvenirles sobre la importancia de recorrer su memoria y declarar la verdad en su proceso,

llegaron a pasar meses e incluso años en los que no se realizó ninguna visita a las cárceles o, si se realizaron, nadie llevó a cabo el registro reglamentario. Como sucedió entre los años 1643 y 1647 aquellos de la complicidad grande y de la reclusión de Lampart. De tal suerte que Catalina de Campos, quien estaba presa por sospecha de ser judaizante y que había solicitado audiencia aquejada de fuertes dolores, murió sin que siquiera los carceleros encargados de llevar la comida, las velas y retirar las bacinicas, se percataran, hasta que la encontraron con la mitad de la cara roída por las ratas.

El visitador continuaba con la amarga queja en su informe: a pesar de que la regla establecía la incomunicación total de los presos con parientes y amigos, sucedió que en las celdas se reuniera a los cónyuges acusados y hasta familias enteras lo cual ocasionaba que se pusieran de acuerdo sobre qué callar y qué declarar al momento de ser interrogados.

La auditoría seguía descubriendo una irregularidad tras otra: en ocasiones, a pesar de estar prohibido, los presos se comunicaban a gritos, de un calabozo a otro, a veces hasta cantaban, lo que llamaba la atención de los capitalinos que detenían su andar al escuchar las voces de los reos que llegaban hasta la calle.

En alguna ocasión cuando las celdas estaban vacías, que salvo el período inicial y los años comprendidos entre de 1642 y 1650, era prácticamente la norma, el alcalde encargado las alquilaba para vivienda a personas ajenas al tribunal –obviamente de forma ilegal– como si fueran cuartos de vecindad. De los calabozos rentados entraban y salían cualquier cantidad de malvivientes, vagos y criminales, reuniéndose con mujeres de dudosa reputación, que violaban la regla de la incomunicación y el secreto.

A quienes tenían los medios económicos e influencias necesarias se les permitía mandar traer comida de sus casas e incluso algunos presumían sus vajillas de porcelana china en las que

comían. Semejante trasiego de criados y esclavos se prestaba a que se enviaran noticias sobre el procesos o recados varios, como fue el caso de los Carvajal o de los reos de la “complicidad grande”. Por ejemplo, una de las acusadas, dio por un resquicio de la ventana de su celda, que daba a la calle, los dos reales de su ración diaria a la esclava Antonia de la Cruz, para le comprara unas nueces o unas pasitas. Las judías de la familia Enríquez, presas en distintas celdas, se enviaban a través de una ventana también, una bolsita que descolgaban con una cuerda, surtida con ates y dulces variados.

Incluso si los reos estaban enfermos, aunque en casos excepcionales, se dio la circunstancia de que los dejaran ir a sus casas a curarse. También se abrían de tanto en tanto los portones de las cárceles para que entrara más luz a las celdas, todo lo cual estaba fuera de procedimiento.

Para colmo, cientos de expedientes se encontraban regados por el piso pues no había nadie que se diera a la tarea de encuadernarlos y coserlos con hilo y aguja. Tanto los notarios, como el fiscal y los inquisidores alegaban que llevar a cabo dicha tarea no era de su competencia y que ya bastante trabajo tenían. No había estanterías suficientes para colocar los legajos. Reinaba el desorden en los expedientes, y se mezclaban procesos viejos con los recién iniciados, no estaban fechados y cuando se necesitaba copiar, cotejar o enviar alguna denuncia o testificación de años anteriores, era como buscar una aguja en un pajar así que con frecuencia no había más remedio que mandar los expedientes incompletos a la Suprema en España. Medina Rico encargó la hechura de varias estanterías para acomodar los expedientes, los libros prohibidos y censurados por el Santo Oficio, además de otros papeles importantes.

El informe de Medina Rico proseguía: la indecencia había rebasado los límites de la tolerancia. Los inquisidores, amigos

de conocidos judaizantes, incluso les habían avisado que serían apresados para que pudieran repartir o esconder sus bienes y evitar la confiscación de los mismos y, por ende, su ruina. A las Enríquez, muy amigas de uno de los ministros, les recomendaron silencio y prudencia en las cárceles, información que resultó ser de vital importancia para no hablar de más cuando las aprehendieron.

A todas estas irregularidades y prácticas abiertamente ilegales se sumaban dos componentes importantes: la prolongada ausencia de lectura de los edictos de fe –destinados a refrescar la memoria y propiciar las denuncias– que no se habían realizado en 20 años y la precariedad financiera del tribunal. A pesar de que tenían asignado un sueldo por la Corona, los funcionarios solo cobraron en los años iniciales.

Al avanzar el siglo XVII, los burócratas, agobiados por una extensa familia a la cual debían mantener –madre, sobrinas casaderas, hermanos o sobrinos pequeños y hermanas–, fueron endeudándose cada vez más. Para subsanar las carencias económicas, algunos tenían negocios e incluso en una época, uno de los ministros era el dueño del chocolate –considerado más como alimento que como bebida– que se vendía, a precios exorbitantes a los presos. Y más grave aún, los bienes confiscados en el caso de los judaizantes que sumaban cientos de miles de pesos y que debieron enviarse a España, se quedaron entre los funcionarios que se abalanzaron sobre los doblones, las joyas y las mercaderías de los procesados, repartiéndoselas o sacándolas a remate sin remitir un quinto a España. En el colmo del dispendio, decía el visitador, se mandaron a hacer retratos para decorar las paredes del tribunal, pagándolos también de aquel dinero confiscado que debía enviarse a España.

Con muchos esfuerzos, Medina Rico logró sacudir la modorra a los inquisidores; había algunos que incluso habían olvidado

cómo se llevaba cabo un proceso, por la casi nula actividad del tribunal.

Hacia 1662, cuando finalmente concluyó la auditoría, el visitador reunió a todos los empleados del tribunal, les leyó las más de una decena de cargos en su contra y les notificó la suspensión de sus cargos por ciertos años, además de las multas que les fueron impuestas por el mal ejercicio de sus funciones. Todos escucharon respetuosos y obedientes, prometieron acatar las órdenes y cumplir con las penas impuestas; pero aquello no duró mucho tiempo, pronto la inercia y la indolencia se apoderaron de los funcionarios.

ACTOS TORPES Y DESHONESTOS: LA SOLICITACIÓN

*E*n los años subsecuentes la actividad del Santo Oficio fue menguando cada vez más. La gran mayoría de los procesos que se formaron tenían como protagonistas a hechiceras, blasfemos, falsas beatas, bígamos o solicitantes, es decir, delitos religiosos menores que no merecían la pena máxima en la hoguera.

En 1713 se leyó un edicto inquisitorial en Puebla sobre el delito de solicitud, sin mayor boato, a pesar de que la última vez que se había realizado dicha ceremonia fue en 1656. Ese delito irá creciendo o quizá solo se irá haciendo más visible, en el transcurso del siglo XVIII.

Poco a poco, la preocupación de las autoridades inquisitoriales se va deslizando hacia la circulación y lectura de los libros prohibidos como los enciclopedistas franceses, Diderot, Voltaire, Montesquieu. No había ya judíos que perseguir, aunque si francmasones como el brillante médico Esteban Morel. Algunos religiosos que realizaban proposiciones heréticas, o que se habían casado, hechiceras o “embusteras e hipócritas” que eran reprendidas en pequeños autos particulares o cuyas sentencias se leían y cumplían con desgano a unos pasos del tribunal, en el templo de Santo Domingo.

La solicitud consistía en que, en el acto de la confesión, el sacerdote se insinuara a su “hija de confesión” para tener contacto físico, caricias, le mostrara o tocara partes íntimas y en el

caso más extremo, la obligara ya fuera mediante la coerción o la seducción a tener relaciones sexuales, incluso en la celda del religioso. Aunque también se suscitaron casos que involucraron hombres, sucedieron en menor proporción. En los hombres, el delito podía ser calificado además de sodomía que era el más grave entre los pecados de lujuria en tanto era considerado por la teología cristiana como atentado contra uno mismo, contra el prójimo y contra Dios. Pero la sodomía no fue juzgada por la Inquisición, sino por la justicia civil.

Para que fuera perseguido por el tribunal inquisitorial el delito tenía que haberse perpetrado únicamente en el momento de la confesión, después de que el sacerdote hiciera el signo de la cruz. Si sucedía antes o al finalizar el sacramento ya no era solicitud ni competencia del Santo Oficio.

Era un delito grave que requería de la mayor discreción, ya que los sacerdotes eran figuras y modelos de autoridad moral y rectitud, por tanto, no podían ser castigados públicamente porque eso los rebajaba y minaba la autoridad eclesiástica. Se leyeron edictos, se prohibió que los confesores cubrieran con su capa a las hijas de confesión entre otras medidas que intentaban detener el avance del delito.

Entre denuncias, testificaciones y causas, se calcula más de un millar de documentos de esta índole en el AGN. La mayoría de las mujeres solicitadas eran de origen español, aunque también las hubo indias y mulatas. Entre ese grupo, las solteras y jóvenes de entre 15 y 25 años eran presa más fácil de los sacerdotes. Las casadas, en cambio, estaban sujetas al marido y por lo tanto representaban un problema mayor; pues si las mujeres hablaban con su cónyuge había que vérselas con el cornudo en caso de que el desliz se descubriera.

El mercedario fray Bartolomé de Salvatierra, el franciscano fray Antonio de Lorenzo y fray Buenaventura de Salinas fueron

acusados de cometer el delito de solicitudación por el cual fueron encarcelados. También lo fue Juan Barajas, un presbítero de 60 años, acusado por siete indias de tener “tactos deshonestos” y dos de ellas incluso lo acusaron de haberlas desflorado en la sacristía. Pero las mujeres implicadas en el delito, ya fuera obligadas o seducidas por el sacerdote no eran encarceladas en el Santo Oficio. Si bien algunos religiosos acudieron a autodenunciarse, lo más frecuente era que las agraviadas, avergonzadas y temerosas después de comentarlo con algún religioso o un pariente acudieran a denunciar al confesor.

Las monjas que vivían enclaustradas desde el momento de su profesión de votos y hasta el día de su muerte, solo tenían contacto con su confesor y en casos muy extremos con el médico, de forma que era difícil descubrir el delito si las religiosas no lo comentaban con alguien más. Las monjas en tanto esposas de Cristo a quien debían su completa devoción, tiempo y oración, tenían la obligación de preservar la pureza, virginidad y castidad que pertenecían a Dios. De ahí que en las causas de solicitudación que implicaban a monjas, el delito fuera considerado aún más grave.

El castigo para el solicitante era la lectura en privado de su sentencia frente a otros confesores o miembros de su comunidad religiosa, la abjuración de *levi*, el destierro temporal del lugar en el que había perpetrado el delito y la privación de volver a confesar mujeres por el resto de su vida. Algunos incluso, recibieron prisión perpetua que llevarían a cabo en su convento o el lugar que les fuera asignado, convenientemente vigilado por algún superior y aislado de cualquier grupo femenino. A otros se les relegaba a tener el último lugar en el coro y en el refectorio.

Aunque parecen penas suaves y a pesar de la “discreción” de su cumplimiento en aquel tiempo, la honra, el prestigio y el buen nombre eran parte fundamental de la identidad de ciertos

sectores sociales en Nueva España. Aquellos castigos degradantes no dejaban de proyectar la ignominia sobre el inculpado. La Inquisición se preocupó por advertir a los novohispanos mediante la lectura de edictos sobre dicho delito, que no cesó de ocurrir durante todo el período de actividad inquisitorial, no obstante, parece haberse hecho más notorio a los ojos de las autoridades o más digno de ser punible conforme avanzó el siglo XVIII.

XXI
EL ECO DE UNA ESCLAVA

*P*ocas veces se pueden escuchar, aunque distorsionadas, las voces de la gente común. A no ser que incurrieran en algún delito o se vieran involucrados en algún conflicto, esos personajes guardan silencio. Es así que los documentos inquisitoriales nos permiten atisbar un retazo de la vida de aquellos seres considerados sin importancia en su tiempo. Ese es el caso de Nicolasa, una negra esclava, que fue a dar a las cárceles inquisitoriales en el último cuarto del siglo XVII.

Hacía frío y las paredes estaban húmedas a pesar de que la primavera apenas comenzaba. La esclava Nicolasa de San Agustín, llevaba presa varios días. La habían trasladado desde Guanajuato a la Ciudad de México a lomo de mula. Tres días habían tardado en llegar. Diego Guerrero, el arriero que la trajo, había cobrado diez pesos por el traslado y reclamaba a los inquisidores el pago de cuatro pesos extra que había gastado en la manutención de la esclava durante la travesía. Es un cobro excesivo si se toma en cuenta que un peso equivalía a ocho reales y que una ración magra diaria de comida en las cárceles costaba alrededor de dos reales; pero nadie parece sorprendido por ello. Los inquisidores se limitan a emitir la orden para que el dueño de Nicolasa, un minero y comerciante cubriera el adeudo al arriero.

Así, como se ha señalado, el preso debía costear su proceso, pagar su traslado, sus alimentos, su defensa, las mudas de ropa, la

visita del médico o del barbero y cualquier otra necesidad particular. Pero Nicolasa era esclava, por lo tanto, correspondía a su dueño pagar los costos en tanto que era su propiedad, de manera que cuando los inquisidores la mandaron aprehender, dieron la orden de que su amo, Alonso Rodríguez, enviara junto con la acusada 50 pesos para el pago de los gastos generados por el proceso que nunca se sabía cuánto iba a durar ni a costar.

Al llegar a la capital novohispana la había recibido Sebastián de la Peña, el alcalde de la cárcel que realizó la “cala y cata” reglamentaria, es decir, el inventario de los bienes de Nicolasa cuando ingresó a la celda número 19 y que constaba de lo siguiente:

- Un quesquelme (sic) es decir, *quechquemétl* de diferentes colores (prenda indígena que consistía en una tela cuadrada de lana con una abertura en el centro para meter la cabeza)
 - Un faldellín (falda corta que se usaba sobre las enaguas) azul “de la tierra”, es decir fabricado en Nueva España
 - Una camisa de manta muy vieja
 - Zapatos de cordobán (piel de cabra ligera y suave)
 - Un trapo “hecho pedazos” atado a la cabeza
 - Unas medias blancas de estambre, rotas
 - Un rosario de frutilla con una crucecita de plata
 - Una bolsa de reliquias
- Aparte en un bulto llevaba las siguientes prendas:
- Una saya de paño morado (prenda que antecede a la falda), con cinco guarniciones de plata falsa sin “aforro”
 - Un faldellín de paño azul, roto
 - Una toca de algodón

- Una tira de lienzo de una vara de largo y una cuarta de ancho
- Unos zapatos de cordobán verdes nuevos, con cintas
- Una sabanilla labrada (bordada) azul, rota
- Dos frazadillas

Escasas y raídas pertenencias, las de Nicolasa, aunque eso sí con un par de zapatos nuevos.

Según la describió el alcalde, Nicolasa era alta y delgada, de nariz chata y con una cicatriz en la parte derecha de la mandíbula. Al momento de su aprehensión “parecía ser” de 36 años.

NO LO DICE POR ODIO NI POR RENCOR

Nicolasa era esclava de un minero y mercader de Guanajuato y como la mayoría de las esclavas novohispanas, fueran negras o mulatas estaba constreñida al servicio doméstico. Ellas cocinaban, limpiaban, amamantaban y cuidaban de los niños, escondían los secretos de amor y los deslices sus amas.

Así, una noche de septiembre de 1672, ante don Joseph Hurtado Castilla, comisario del Santo Oficio en Guanajuato, se había presentado a denunciar a Nicolasa el mercader don Juan Colunga Cortés. Eran las 8 de la noche, cuando Colunga comenzó su delación que es, como muchas denuncias, una mezcla de superstición, sospecha, y lo que hoy se calificaría como fantasía. Las hermanas de Colunga tenían una esclava negra, llamada María Magdalena que estaba enferma del estómago y a pesar de los remedios médicos no mejoraba. Un día Nicolasa le dio de beber agua que sabía amarga y olía a copal, a raíz de lo cual se le quitó el dolor, que después volvió con más fuerza. Nicolasa le recomendó beber peyote, pero los achaques y dolencias de María no cesaban.

El peyote se había prohibido mediante edictos desde principios del siglo XVII ya que los inquisidores consideraban que enajenaba "el sentido y hace representaciones de visiones y fantasmas" mediante las cuales, quienes lo consumían, intentaban adivinar robos o el porvenir. Probablemente Nicolasa, lejos de

la capital desconocía el edicto que se había pregonado muchos años antes en la Ciudad de México.

A María se le llagó la cabeza, un oído y la garganta y “purgaba” algo como “maíz mascado”, o sea pus. Tenía pesadillas en la noche y soñaba que Nicolasa le hablaba y la pateaba aun mientras dormía en la habitación de su ama española. Se levantaba con dolores en la pierna y cojeaba durante todo el día. Al revisar entre las cosas de Nicolasa, María Colunga había encontrado un pedazo de chicle masticado, dos granos de incienso y una botijuela de aceite.

El comisario llamó para interrogar a la hermana del denunciante y a la negra afectada quienes corroboraron la denuncia de Juan de Colunga Cortés. La esclava María Magdalena agregó que una noche, Juan de Colunga asustado, se despertó dando gritos para que encendieran la luz, porque escuchó que alguien tropezaba con unos baúles en su cuarto. Pero encender la luz no era apretar un interruptor, sino prender una vela –hay que recordarlo– y en lo que se realizaba dicha acción el fantasma o espectro desapareció.

Al relatarle el inquietante suceso a una mulata llamada Ana, esta le recomendó sahumar con romero y poner cruces en las puertas para que la “bruja” no volviera, ya que lo mismo le había sucedido a su hija y con ese remedio se había librado del mal.

Las acusaciones por el delito de hechicería y brujería fueron frecuentes en Nueva España, sobre todo en el siglo XVII. Las mujeres, confinadas mayormente al espacio doméstico, buscaban hacerse dueñas de lo único que podían controlar y administrar cabalmente: su propio cuerpo. De ahí que la mayoría de las denuncias y procesos seguidos contra hechiceras impliquen un deseo de procurar la salud, de atraer o retener al ser amado, de domeñar los ímpetus violentos del marido o del amo, para finalmente mejorar las condiciones de la vida diaria.

Así, los casos de hechicería se reducen a la fabricación de ungüentos bebedizos, pócimas, la lectura de la suerte, los maíces y consumo de peyote, estos dos últimos eran una peculiaridad novohispana ya que no se realizaban en otras posesiones españolas.

Los hechizos podían llevar ingredientes como tierra de muerto bajo la almohada para que el esposo no descubra la infidelidad, polvo de cabezas de pájaros disuelto en chocolate para vivir en paz con el cónyuge, consumir peyote para encontrar joyas, pañuelos o zapatos perdidos, sangre menstrual o baba de sapo en el chocolate para amansar al amo o al marido, echar copal y maíz en una jícara para adivinar el futuro, o encontrar objetos extraviados, etc.

En esa magia común es posible encontrar elementos indígenas como el uso del huevo de zopilote para curar la melancolía, las ranas para padecimientos del corazón, invocaciones en náhuatl al sol para que desaparezcan las verrugas, además de la ya mencionada suerte de los maíces y el uso del peyote.

La brujería diabólica como se presentaba en Europa no existía en Nueva España. Aunque las mujeres acudían a denunciar una serie de actitudes o hechos considerados por ellas como brujería, los inquisidores los consideraban como patrañas, supercherías, supersticiones y engaños del demonio. Leonor, descendiente del adelantado Montejo, acudió ante el comisario inquisitorial en Mérida a denunciar a una negra que se iba volando a Campeche y a Tabasco para visitar a su marido que vivía allá. Otra mujer en Ciudad Real, una pequeña ciudad en la lejana Chiapas, acusaba a su vez ante el comisario a una vecina que había convertido una tableta de chocolate guardada en un cajón en un sapo. Los comisarios se limitaban a tomar nota de la denuncia, enviarla al tribunal y esperar instrucciones; pero los inquisidores no perdían el tiempo en casos que les parecían

pequeñeces, indignas de su atención. El proceder de los inquisidores contra las mujeres es en general más atenuado que el relativo a los hombres, ya que a ellas se les consideraba más frágiles, fáciles de engañar e ingenuas, como si fueran menores de edad.

El comisario Hurtado envió la denuncia y las dos testificaciones al tribunal en la Ciudad de México, el fiscal en aquel tiempo, Martín de Soto Guzmán, solicitó la cualificación de los delitos. Los calificadores que eran teólogos en su mayoría procedentes del clero regular como franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas y mercedarios dan su parecer.

Los calificadores revisaron las declaraciones del denunciante y las testigos y encontraron a Nicolasa sospechosa de hechicera, de bruja y de tener pacto al menos implícito con el demonio. El fiscal formuló la acusación y el inquisidor Juan de Ortega y Montañés mandó la orden de aprehensión de Nicolasa. Habían pasado 5 meses desde que Juan de Colunga acudió ante el comisario de Guanajuato a denunciar a la esclava.

El inquisidor a cargo, Ortega y Montañés, después será designado arzobispo y, en dos ocasiones, virrey de Nueva España. El delito de Nicolasa se despachó como un mero trámite insignificante, con el que hay que cumplir solamente. Se ha visto que la preparación y calidad de los ministros inquisitoriales eran dispares. Es el caso, por ejemplo, del licenciado Soto Guzmán quien funge como fiscal en el proceso contra Nicolasa, el afligido funcionario se quejaba de que sus colegas lo ninguneaban, humillaban y presumían de su posición, cargos y preparación.

XXIII
QUE RECORRA SU MEMORIA

A diferencia de otros reos que podían esperar semanas o meses para ser llamados a declarar, Nicolasa fue llamada a declarar ante el inquisidor a los tres días de haber llegado a la cárcel.

Nicolasa era soltera y había nacido en el valle de San Agustín, en Salamanca, no sabía su edad, así que los inquisidores le calcularon unos 36 años. Su padre había sido un esclavo guineo llamado Antonio que murió siendo ella “pequeñita”. No se había casado con su madre Mariana de la Cruz, que también era negra esclava y quien había muerto en Salamanca hacía unos 10 años. No conoció a sus abuelos, ni tíos. Tenía solo dos hermanos, Nicolás e Inés ambos solteros, que también eran esclavos.

La condición de libertad o esclavitud se heredaba por vía de la madre, de forma que si ella era libre, aunque el padre fuese esclavo, el niño heredaba la libertad. Si por el contrario, la madre era esclava el hijo automáticamente nacía esclavo.

Le preguntaron si había salido alguna vez de Nueva España, si sabía leer y escribir, si había estudiado algo, a todo respondió que no.

Cuando por fin llegaron a la pregunta de si sabía por qué estaba presa en la cárcel inquisitorial, Nicolasa se delató al aventurar que quizá fue porque en una bolsa de reliquias tenía un pajarito enredado con muchos hilos de colores y que la nuera de su amo —María, hermana de quien la denunció—,

le preguntó para que servía. La esclava respondió que era “bueno para que los amos no castiguen a los criados”. Eso es lo único que Nicolasa reconoció como posible delito, a pesar de que los inquisidores insistieron en que recorriera su memoria y tratara de recordar el crimen cometido. Al no confesar la mandaron de vuelta a su celda.

Dos veces más se le reconvino para que declarara, sin embargo, Nicolasa no tenía idea de qué la acusaban así que agregó hechos intrascendentes como decir que cuando la aprehendieron pidió una toalla para atarse la cabeza y llevaba un ungüento para curarse de una herida en la cara de una caída de una mula.

El fiscal Soto Guzmán solicitó la aplicación del tormento para extraer la verdad oculta en la conciencia de Nicolasa, pero no se le aplicó. En la acusación que formuló en su contra, la acusó de “ficta, negativa, embustera, apóstata, bruja y hechicera” y de tener pacto si no explícito, cuando menos implícito con el demonio.

El inquisidor solicitó la ratificación de los testigos, sin embargo, la respuesta del comisario Hurtado fue lenta y llegó varios meses después. Se disculpaba y alegaba que el delator Juan de Colunga había fallecido y que por eso no había podido ratificar las denuncias: la inercia novohispana.

Mientras tanto, Nicolasa consigue un abogado defensor, Alonso Alberto de Velasco posiblemente por intermediación de su amo. Después de conocer la denuncia y las declaraciones –obviamente sin los nombres–, el abogado que no tenía ninguna prueba que demostrara la inocencia de la esclava, formuló la defensa con la sospecha –bien fundada– de que alguno de los testigos era María:

La negra que se dice que yo ofendí, que como parte y sentida y agraviada depondría con pasión, arrojo y

temeridad y ánimo de venganza por lo cual no merecen ni fe, ni crédito alguno [...] no habiendo testigo alguno que deponga de enemistad, pasión, odio o pesadumbre alguna que precediese entre mí y la dicha negra [...]

La defensa intentó sostenerse sobre la antipatía que María, la otra esclava, siente hacia ella y que esa era en realidad la motivación para acusarla falsamente. No obstante, los inquisidores dictaron su veredicto: Nicolasa era culpable de tener pacto implícito con el demonio y de utilizar el peyote, “hierba” prohibida por la Inquisición. La sentencia fue la de vergüenza pública, es decir, paseo infamante por las calles de la capital. Nicolasa debía montar en una bestia de albarda o mula, desnuda de la cintura para arriba con una coraza que describiera sus pecados, sogas al cuello y vela verde. Sería paseada por las calles, mientras un pregonero vociferaba sus pecados para escarmiento de ella y del público que la observara. La sentencia de vergüenza pública que buscaba la humillación y degradación del condenado era uno de los castigos más temidos por los estratos sociales más acomodados, había españolas que declaraban con horror que antes de someterse a semejante escarnio preferían quitarse la vida. Pero Nicolasa era tan solo una esclava.

Nicolasa cumplió con su sentencia en febrero de 1674 y fue depositada en un obraje hasta que su amo pagara el adeudo que tenía con el Santo Oficio después de casi un año de cárcel. Podría decirse que corrió con suerte si se compara su tiempo en la cárcel con el de aquellos que esperaron sentencia durante años.

En aquel tiempo no se utilizaba el sistema decimal para hacer cuentas, la moneda corriente era el peso de plata que valía 8 reales y el cuartillo que era la cuarta parte del real, es decir, 2 reales.

El adeudo de la prisión de Nicolasa incluía:

- Alimentos diarios por 358 días 89 pesos y cuatro reales
- Ración doble en la “pascua” de Navidad por cuatro días
- 358 cuartillos (10 pesos y real y medio)
- del salario del probedor (sic) es decir
- quien distribuía alimentos y enseres
- Lavado de ropa 12 reales y medio
- Una camisa de 3 pesos
- Un *casquemil* (sic) quexquémitl, prenda
- indígena que cubría el torso de las mujeres,
- parecido a un jorongo, más corto
- Hilo medio real
- Losa 4 reales
- Un rosario medio real
- Tablado para ejecutar la sentencia 3 pesos
- Sueldo del pregonero y verdugo 10 pesos
- Los cuatro pesos que exigió el arriero cuando
- transportó a Nicolasa a la Ciudad de México.

La deuda ascendía a 67 pesos, después de restar los 50 que Alonso Rodríguez, el dueño Nicolasa había enviado al momento de su aprehensión y sumando los 4 que había exigido el arriero que la trasladó. Sin embargo, el mercader había muerto durante la prisión de su esclava, por lo tanto, el heredero de sus bienes –que incluían a Nicolasa–, Juan Pavón de Segura pagó la deuda y se presentó en el obraje en el que estaba detenida Nicolasa después de salir de las cárceles inquisitoriales para llevarla de vuelta a Guanajuato.

Hasta aquí llega el rastro de Nicolasa. No se sabe si su nuevo amo la vendió, si murió al poco tiempo, si alguna vez se casó, si tuvo hijos, si se vengó de María... A diferencia de otros presos de la Inquisición que, por ocupar un lugar preponderante en el mundo virreinal por haber dejado escritos, porque su proceso

fue escandaloso o porque su causa tenía un trasfondo político, dejaron rastros notorios, Nicolasa pertenece a esa masa informe de seres humanos que de no haber cometido un ilícito no habrían dejado ni una huella visible de su paso por este mundo.

Nicolasa se desdibuja como tantos otros personajes del mundo novohispano; pues fue una presa de escasa importancia, como lo fueron también en algún momento panaderos, chocolateras, costureras españolas, lavanderas mestizas, nanas, cocheros, carpinteros, sastres, zapateros, marineros, negras y mulatas esclavas, sombrereros, verdugos, pregoneros, de quienes solo si aguzamos el oído y prestamos atención, podremos escuchar aquellos débiles ecos que los historiadores intentan rescatar para convertirlos al menos en un tenue murmullo que sea inteligible a nuestro presente.

XXIV
COMENTARIO FINAL

La Inquisición novohispana fue prolífica en la producción de papeles, prolija en el registro de detalles físicos y del carácter de los presos, además de minuciosa en la anotación de nombres, oficios y delitos. Probablemente sin querer, los inquisidores resguardaron miles de retazos de vidas perdidas que hoy nos ayudan a completar un mosaico, un rompecabezas de multitud de colores y formas. Podemos saber qué comían, cómo vestían, que temían, si lloraban, si enfermaban y de qué, los amores y los odios, las penurias y los lujos, las aventuras, los embustes y las corruptelas. Las toneladas de papeles que la burocracia del Santo Oficio produjo, y que se conservan en el Archivo General de la Nación, son un entramado de relaciones que nos permiten comprender más profundamente la compleja dinámica virreinal.

Quienes habitaron los calabozos inquisitoriales durante los tres siglos de funcionamiento del tribunal dan cuenta de la enorme variedad de los grupos sociales que vivieron en Nueva España. Desde los trasgresores de poca monta que habían proferido alguna blasfemia, habían recurrido a la magia o faltado al respeto a la autoridad inquisitorial; delitos menores que merecían una reprensión, azotes, una multa; pero de ninguna manera la muerte en la hoguera.

En efecto, dichos reos no pueden compararse con los nueve ajusticiados en la hoguera en tiempos de los Carvajales o

los trece judaizantes condenados en el gran auto de fe de 1649, reincidentes cuyos nombres tuvieron gran resonancia en la sociedad virreinal.

Aunque las novelas y las películas se hayan esforzado en presentar una realidad diferente, las fuentes históricas muestran que durante todo el período virreinal de 300 años se estima en menos de 35 el número de personas que perecieron en la hoguera, mientras que otro tanto fue quemado en estatua o sólo sus huesos. Entre ellos no se cuenta una sola bruja ni hechicera, sino criptojudíos y herejes, los cuales, si se contrasta con el número de procesos seguidos en su contra, con el número de sentenciados a muerte, revela que una mayoría logró eludir la pena máxima.

Los procesos seguidos en contra de esclavos y mujeres por hechicería, blasfemia o reniego se seguían por protocolo, como un trámite más, lo que en realidad preocupaba al tribunal y el objetivo más importante de este era, sin duda alguna, la herejía y el judaísmo. Detener el peligro de la penetración de la heterodoxia en una población inocente y nueva en la fe que podía ser presa fácil de ideas apóstatas, torcidas, falsas y plenas de embustes.

Es posible encontrar procesos por bigamia, solicitación, blasfemia, hechicería, que reciben diversas penas que por supuesto no incluyen la muerte, ni la hoguera; ni tampoco con garrote (ahorcamiento) antes de recibir la pena del fuego purificador. La mayoría de las veces, los castigos iban desde una multa, hasta azotes y galeras por 5 o 10 años –este con frecuencia terminaba por no aplicarse debido a su alto costo–, la vergüenza pública, la prisión perpetua –en realidad, nunca era perpetua, porque también era un gasto para el empobrecido tribunal– o el destierro por algunos meses o definitivo, y por supuesto la confiscación de bienes que permitió a los burócratas subsistir en ciertos periodos.

Todas las condenas dependían de factores diversos como la situación política imperante, el celo o la modorra del juez, la posición social del acusado, sus relaciones con los sectores privilegiados o sus enemistades, la gravedad del delito cometido, así como del arrepentimiento “sincero” del reo.

En ocasiones, la “pobreza” del tribunal obligó a los funcionarios a conmutar la pena de azotes por la multa o a cambiar la prisión perpetua y la pena de galeras por representar un gasto oneroso a las arcas reales que resultaba imposible solventar, ya que, como lo hemos señalado, la precariedad de la situación financiera de la Corona española enfrascada en constante guerras con el resto de Europa y endeudada llegó a niveles desesperados, por lo que el tribunal se vio en la necesidad de subsistir por sus propios medios.

El personal del Santo Oficio, cuyo desempeño fue, con mucha frecuencia, mediocre, la dinámica del tribunal y su compleja y a menudo tormentosa relación con las autoridades virreinales, su ambigüedad con los presos y sus procedimientos con frecuencia irregulares y deficientes, son un espejo de lo que hoy somos. Aunque el reflejo que se intuye en él, sea apenas pálido y borroso nos permite rastrear comportamientos, actitudes, valores y códigos que a 400 años de distancia nos revelan que, en ciertas cosas, los mexicanos no somos tan distintos como nos gusta pensar.

Así, nuestro imaginario colectivo está poblado por los prejuicios y estereotipos en torno a la imagen y la función persecutoria del Santo Oficio. Pero para que el tribunal funcionara como una maquinaria letal se tendría que haber establecido en algún otro lugar del mundo, no en Nueva España. La idea de una inquisición disciplinada, cuyos procesos eran fulminados de forma sistemática, en orden, con eficacia y prontitud, como si fuese un tribunal alemán o un reloj de precisión suizo, dista mucho de reflejar

lo que en realidad era: una institución virreinal, con escasos recursos monetarios y humanos que cumplió medianamente con su función perseguidora y reguladora de los comportamientos morales, religiosos y sociales a veces con más ahínco, a veces con mayor éxito; pero que de ninguna manera aniquiló a miles de herejes, brujas e indios indefensos en la hoguera, tal y como lo atestigua la evidencia documental. Era, al fin y al cabo, un tribunal novohispano.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERRO, Solange. *Inquisición y sociedad en México. 1571-1700*, México, FCE, 1988, 622 pp.
- ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN). *Inquisición*, vol. 316, exp. 35, vol. 435, exp. 131, vol. 289, exp. 12, vol. 275, esp. 2, vol. 435, exp. 46, vol. 619, exp. 3, vol. 624, exp. 7, vol. 1309, exp. 9-10
- CAMBA LUDLOW, Úrsula. *Imaginarios ambiguos, realidades contradictorias. Conductas y representaciones de los negros y mulatos novohispanos. Siglos XVI y XVII*, México, El Colegio de México, 2008, 227 pp.
- CARO BAROJA, Julio. *Inquisición, brujería y criptojudasmo*, Valencia, Galaxia Gutemberg-Círculo de lectores, 1996, 282 pp.
- COHEN, Martin A. *The martyr. The story of a secret jew and the mexican Inquisition in the sixteenth century*, Philadelphia, The Jewish publication Society of America, 1973, 373 pp.
- COVARRUBIAS, Sebastián de. *Tésoro de la lengua castellana o español*, Madrid, Castalia, 1995, 1050 pp.
- EIMERIC, Nicolau. *El manual de los inquisidores*, España, Atajos, 1996, 283 pp.
- ESCUADERO, Juan Antonio. *Estudios sobre la Inquisición*, 2005 disponible en <http://bit.ly/2T2xcrP>
- FERNÁNDEZ Carrasco, Eulogio. *La Inquisición, procesos y autos de fe en el Antiguo Régimen*, 2018, disponible en <https://books.google.com.mx/books>
- GALENDE Díaz, Juan Carlos. *Historia y documentación del Santo Oficio español: El período fundacional*, 2013, disponible en <http://bit.ly/2ZwZfSD>

- GONZÁLEZ, Jorge René. *Pecados virtuosos. El delito de solicitudación en la Nueva España siglo XVII*, México en *Historias*, 1985, 48–83 pp.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis. *Proceso inquisitorial del cacique de Tetzco*, México, Secretaría de Cultura, 2009, 156 pp.
- GREENLEAF, Richard E. *The Mexican Inquisition in the sixteenth century*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1969, 242 pp.
- *Zumárraga and the Mexican Inquisition*, Washington, Academy of American, Franciscan History, 1961, 155 pp.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge. *Viajes en la América ignota*, México, Joaquín Mortiz, 1987, 200 pp.
- KRAMER, Heinrich y Sprenger, Jacobus. *Malleus Maleficarum. El martillo de las brujas*, Valladolid, Valladolid MMIV, 2013, 607 pp.
- LEVACK, Brian P. *La caza de brujas en la Europa moderna*, Madrid, Alianza Universidad, 1996, 363 pp.
- LIEBMAN, Seymour B. *The inquisitors and the jews in the New World. Summaries of procesos, 1500–1810: and bibliographical guide*, Coral Gables, University of Miami Press, 1974, 224 pp.
- MARTÍNEZ BARACS, Andrea. *Don Guillén de Lampart, hijo de sus hazañas*, México, FCE, 2012, 143 pp.
- MERIEL DE IBÁÑEZ, Yolanda. *El tribunal de la Inquisición en México (siglo XVI)*, México, UNAM, 1979, 96 pp.
- PALLARES, Eduardo. *El procedimiento inquisitorial*, México, Imprenta universitaria, 1951, 168 pp.
- SOBERANES, José Luis. *Los tribunales de la Nueva España*, México, UNAM, 1980, 364 pp.
- TORIBIO MEDINA, José. *Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México*, México, ediciones Fuente Cultural, 1952, 450 pp.
- TORO, Alfonso. *La familia Carvajal*, México, Editorial Patria, 1944, 2 tomos, 376 pp.

Título:

Persecución y modorra. La inquisición en Nueva España

© Úrsula Camba Ludlow, 2019

Primera edición, 2019

D.R. © 2019 Editorial Turner de México, S.A. de C.V.
Francisco Peñuñuri 12, Del Carmen, Coyoacán, 04100
Ciudad de México, CDMX
www.turnerlibros.com

ISBN: 978-607-7711-29-2

Ilustración de cubierta: Detalle de “Doce escenas de castas”,
óleo sobre tela, 104 x 106 cms. Colección particular.

Impreso en México

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com



LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

Otros títulos de la colección



1914

De la paz a la guerra

Las personas de la historia

Sobre la persuasión y el arte del liderazgo

MARGARET MacMILLAN

Hotel Florida

Verdad, amor y muerte en la Guerra Civil

AMANDA VAILL

Era cuestión de ser libres

Doscientos años del proyecto liberal en el mundo hispánico

MIGUEL ÁNGEL CORTÉS

y XAVIER REYES MATHEUS



Persecución y modorra

Úrsula Camba Ludlow realiza un recorrido singular por la historia del tribunal del Santo Oficio novohispano, mostrándonos un mosaico de seres humanos y situaciones que van de lo trágico a lo pintoresco, desconocidas más allá de la esfera académica. La autora disecciona los procesos y devuelve a los implicados (presos, jueces, testigos, familiares y enemigos) una voz que nos permite escuchar ecos del pasado virreinal: desde el rico mercader hasta el esclavo negro, pasando por una variopinta gama de personajes. Podemos conocer lo que los presos comían, temían o añoraban, enterarnos del desenlace, a veces fatal, a veces elusivo, de los juicios. Estas imágenes forman un rompecabezas diverso que nos muestra la compleja dinámica del tribunal y su indudable huella en la sociedad virreinal, que es posible rastrear hasta nuestros días.



WWW.TURNERLIBROS.COM



9 786077 711292



ACCESO
ABIERTO

HISTORIA / CULTURA
/ PENSAMIENTO



P8-CIM-998